

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 79 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 1999



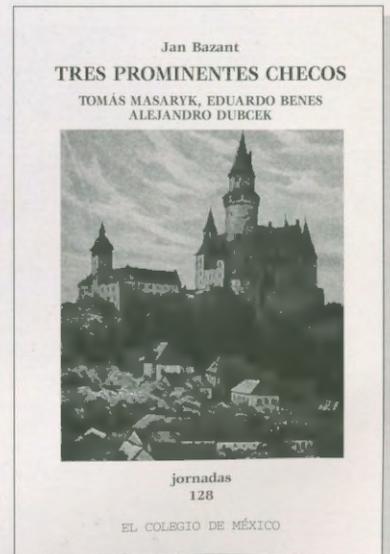
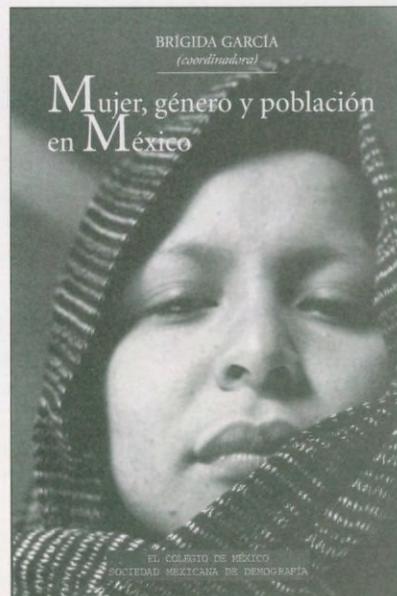
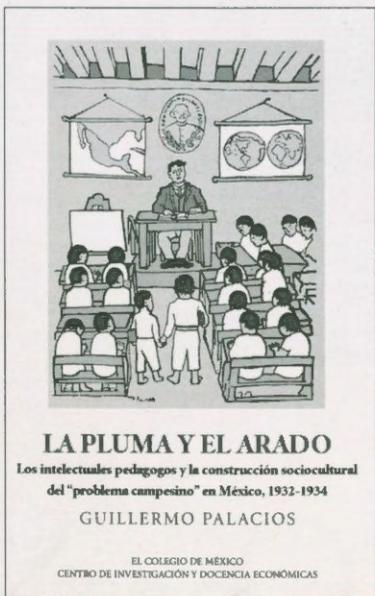
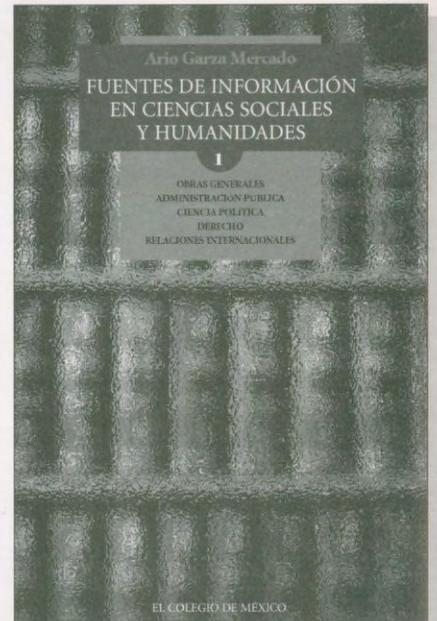
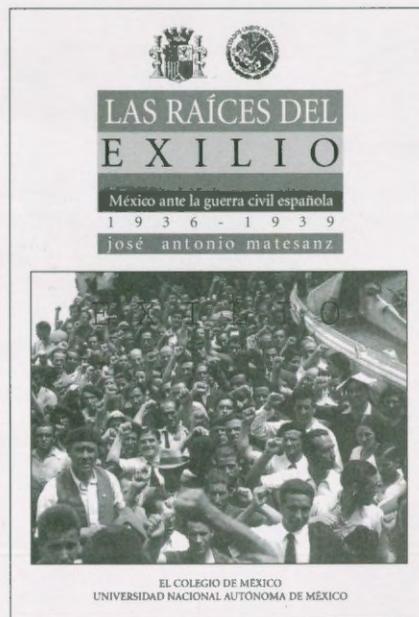
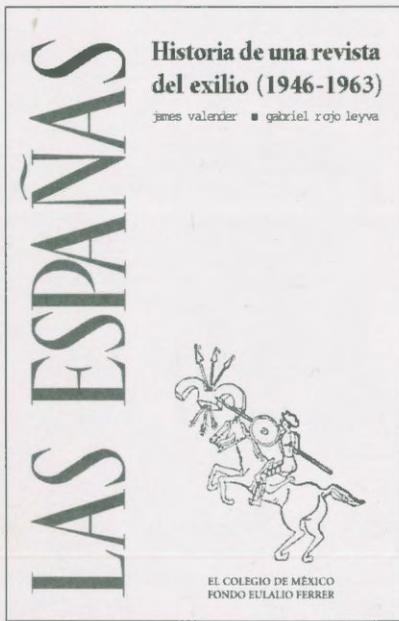
HOMENAJE A

JOSÉ GAOS

Novedades de



EL COLEGIO DE MÉXICO



ÍNDICE

El incesante quehacer intelectual

■ *Andrés Lira* ■ 2

10%

■ *José Gaos* ■ 12

México y el pensamiento mexicano

■ *José Luis Abellán* ■ 20

Presentación de René Rémond

■ *Soledad Loaeza* ■ 25

Lo contemporáneo de lo contemporáneo

■ *René Rémond* ■ 26

Este número está ilustrado con dibujos de Mary Martín.

Pintora nacida en Salamanca, España, en 1927; llegó a México en 1939 y murió en el Distrito Federal en 1982.

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D.F., Teléfono 5449 3000, ext. 3081, Fax 5449 3083

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCES DORRONSORO
■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 79, MAYO-JUNIO DE 1999

Diseño MARÍA LUISA MARTÍNEZ PASSARGE ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada JOSÉ GAOS

Impresión Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 6878 y de contenido, núm. 7972, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 20 de enero de 1993; núm. de reserva 2441-93

LA CASA DE ESPAÑA EN MEXICO

Fundada por el Presidente de México, LAZARO CARDENAS

Bajo el patronato de:

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz;
Enrique Arreguín, jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

Av. Madero, 32 • L-47-61 • 12-22-09 • Cable: Espamex

Núm. 533.

México, D.F. a 15 de julio de 1940.

Al C. Director General de Población

Con fecha 5 de junio de 1939 (Tarjeta n°. 120914) fui aceptado por esa Secretaría de Gobernación (Servicio de migración, Registro de Extranjeros) en calidad de asilado político, como inmigrante por un año.

Al cumplirse el plazo de un año de mi entrada al país, y solicitar la prórroga de la residencia, que me fué concedida en la fecha antedicha, ruego a esa Secretaría de su digno cargo, que se me considere incurso en el supuesto del Acuerdo Presidencial de 12 de marzo de 1939 y se me reconozca la calidad de inmigrante definitivo, lo mismo que a toda mi familia.

Fundo esta petición en el hecho de que soy Miembro de La Casa de España en México en la cual desempeño una misión científica no sujeta a plazo determinado.

Le saluda muy atentamente,

José Gaos

José Gaos y González Pola.

Mi esposa: MARIA DE LOS ANGELES HERNANDEZ BARBARROS
N°. de su fórmula 14, 120897, fué expedida el 5 de julio de 1939.

Empleada a mi servicio: MARGARITA AGEJAS GUTIERREZ
N°. de su fórmula 14, 120901, fué expedida el 5 de julio de 1939.

El incesante quehacer intelectual

Publicar testimonios de quienes fueron cuidadosos de su experiencia y de rendir cuenta de sus actos parece inútil y, por lo demás, desconsiderado. Alfonso Reyes y José Gaos cumplieron sobradamente en diversos textos autobiográficos, a los que podemos acudir si queremos apreciar mejor su obra: son parte medular de ésta y no hay por qué tratar de enmendarla o remendarla con la publicación de hallazgos.

Sin embargo, cuando nos asomamos a la correspondencia y a escritos sueltos en que se advierte el diálogo que apenas se menciona o al que no se alude en la obra autobiográfica y, menos aún, en textos de asunto preciso, vemos otra posibilidad de entender los escritos que los autores privilegiaron para darlos al público. La correspondencia aparece como el apunte oportuno —más o menos formal, según la ocasión— con el que procuraron ceñir la actividad desbordante, la tarea realizada y pendiente en el incesante quehacer intelectual. Nos da el itinerario no siempre recogido en memorias, confesiones profesionales e historias de la propia obra.

Tal es la razón que justifica, además de la gratitud, la publicación de testimonios de Alfonso Reyes y de José Gaos. Lo impone la oportunidad de la conmemoración al cumplirse, el 10 de junio de 1999, los treinta años de la muerte de José Gaos y, el 27 de diciembre, los cuarenta del fallecimiento de Alfonso Reyes. Recorrer sus cartas y leer lo que Gaos escribió sobre Reyes es una forma de acercarnos al diálogo que por 20 años mantuvieron dos amigos unidos por el aprecio y el respeto, por el compromiso en las tareas del entendimiento.

El 12 de marzo de 1939 Alfonso Reyes fue nombrado presidente del Patronato de La Casa de España en México por el presidente Lázaro Cárdenas. Se acercaba a los 50 años

de edad, maduro y frustrado —valga la contradicción— como escritor y experimentado hasta el fastidio en el quehacer diplomático. El nuevo cargo le ofrecía la oportunidad, tanto tiempo buscada, para arraigar en México y, sobre todo, en el campo de las letras, nunca abandonado pero sí postergado una y otra vez ante las exigencias del servicio exterior.

Había salido de México en 1913 con escasos 24 años, en compañía de su esposa, Manuela Mota, y de su pequeño hijo; iba a Francia para desempeñarse como segundo secretario de la Legación en París, le urgía poner distancia entre el escenario de la tragedia nacional y familiar y la parte de vida que era posible salvar. Ya entonces era autor de un libro, *Cuestiones estéticas*, publicado en la ciudad de su destino inmediato. De París, empujado por la guerra y la necesidad —le habían cesado—, pasó a España. En Madrid, Alfonso Reyes ganó, a pulso de escritor, un sitio en el medio editorial y el reconocimiento de otros grandes trabajadores con quienes compartió espacio en las mesas de la Biblioteca Nacional. Fue, por decirlo de alguna manera, su carta de naturalización en la república de las letras, que habría de trascender destierros diplomáticos y cambios políticos.

En 1920 recupera el cargo de segundo secretario, ahora en la Legación en Madrid; en 1922 asciende a primer secretario, en 1924 regresa a México y vuelve a Francia para hacerse cargo de la Legación en París hasta principios de 1927, en que viajó a Buenos Aires para encargarse de la Legación, elevada luego a rango de Embajada, por lo que Reyes pasó de ministro a embajador en Argentina, donde permaneció hasta 1930, pues tuvo que asumir la embajada de México en Brasil hasta 1936. Este año regresó como embajador a Buenos Aires, cargo que desempeñó hasta fines de 1937, sorteando las dificultades de un ambiente hostil a la Repú-

blica española de la que el gobierno mexicano era decidido partidario.¹ Regresó a México y en 1938, urgido por la necesidad, acepta el encargo diplomático-comercial menos adecuado a sus gustos, para situar petróleo mexicano en Brasil, mercado difícil, quizá más difícil que otros por la situación dominante en el mundo. A su regreso definitivo a México, Reyes quedó sin empleo y padeciendo apuros económicos, se retiró del servicio exterior e invirtió lo que tenía en la construcción de su casa-biblioteca, situación personal ingrata de la que vino a sacarlo el llamado al Patronato de La Casa de España en México.²

Fueron, pues, 25 años de exilio y peregrinación en los que Reyes logró afirmar su vocación literaria luchando con las urgencias de las tareas burocráticas y protocolares, consumidoras implacables del tiempo, de la energía y de la atención concentrada y continua que exige la tarea intelectual. Si bien es cierto que no cejó en su empeño y que no hubo año en que no publicara artículos recogidos en libros cuando el número y el peso específico de los trabajos lo ameritaban, lo cierto es que hubo momentos de desaliento y frustración. Fueron muchos años de ausencia a los que luego, ya en el lugar en que vivió los últimos veinte años de su vida, siendo presidente de La Casa de España en México y de El Colegio de México —por transformación de La Casa en octubre de 1940— evocaría positivamente, con sabiduría y sentido del humor.³

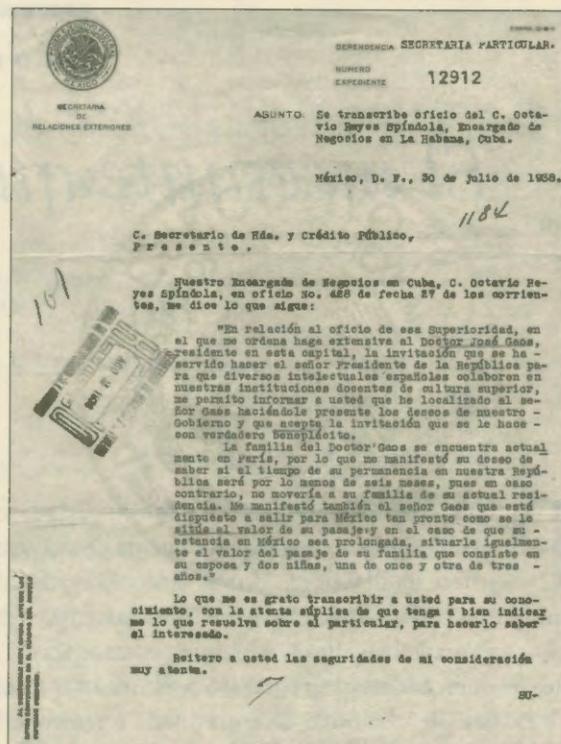
En efecto, aquel viajero que tantos amigos supo hacer en las andanzas del destierro diplomático, tuvo que prescindir por muchos años de la grata compañía de su biblioteca, pues si bien es cierto que pensando en el destierro definitivo la llevó a París en 1913, y luego, en 1916, a Madrid, la trasladó a México en 1924, dejándola al cuidado de su suegra, quien cargó con ella en sucesivas mudanzas.

Y al fin de 1939 —cuenta Reyes satisfecho—, vuelto a México, he logrado instalar mis libros en la casita de mi propiedad, avenida General Benjamín Hill (antes Industria) 122, casita construida *ad-hoc* y que es una biblioteca con anexos, don-

¹ Véase Alberto Enríquez Perea (comp.), *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires*, México, El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

² Javier Garcíadiego, "Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario", en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-222, 219-222 y 357-360.

³ *Historia documental de mis libros [1955-1959]*, recogido en *Obras completas de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, t. XXIV, pp. 249-351.



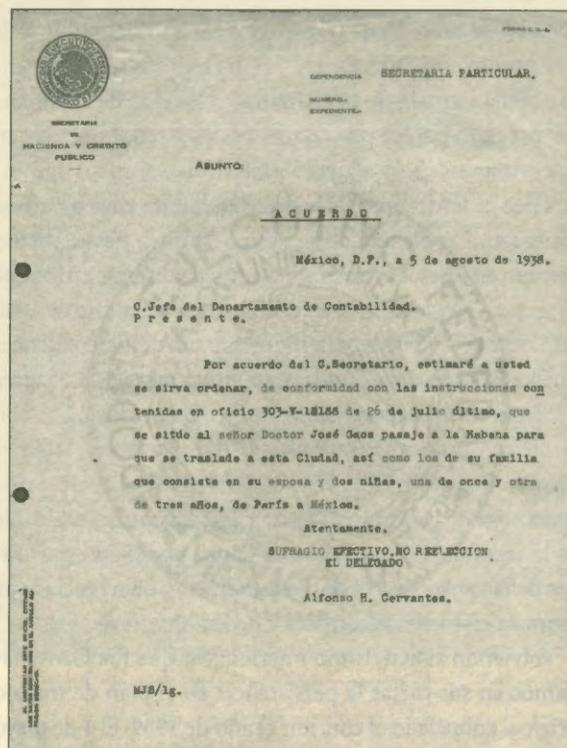
de vivo en inacabable luna de miel con mi biblioteca y donde he podido juntarme con mis notas de años atrás y continuar tareas interrumpidas en Madrid, por 1918 y 1919.⁴

Se trata de un texto publicado en 1959, dos meses antes de su muerte, ocurrida el 27 de diciembre, que revela el ambiente de realización plena que caracterizó su desempeño como presidente de El Colegio de México hasta el día de su fallecimiento.

De ello habló José Gaos al evocar experiencias comparadas en homenaje póstumo, que aparece como número 6 en la segunda parte de este libro. Se trata de un testimonio de gratitud cuyo antecedente lejano es la carta a Reyes, escrita veinte años antes, el 15 de abril de 1939, dándole la bienvenida cuando asumió la presidencia del Patronato de La Casa de España en México, primera carta en este libro con la que se abre el diálogo entre los dos amigos.

Gaos llegó a México en 1938, cuando cumplía los 38 años. A su prestigio de profesor aunaba el de rector de la Universidad Central de Madrid, cargo en el que sucedió a Fernando de los Ríos en septiembre de 1936 y que dejó al salir en 1937 a París, comisionado por el gobierno de la Re-

⁴ *Idem.*, p. 337.

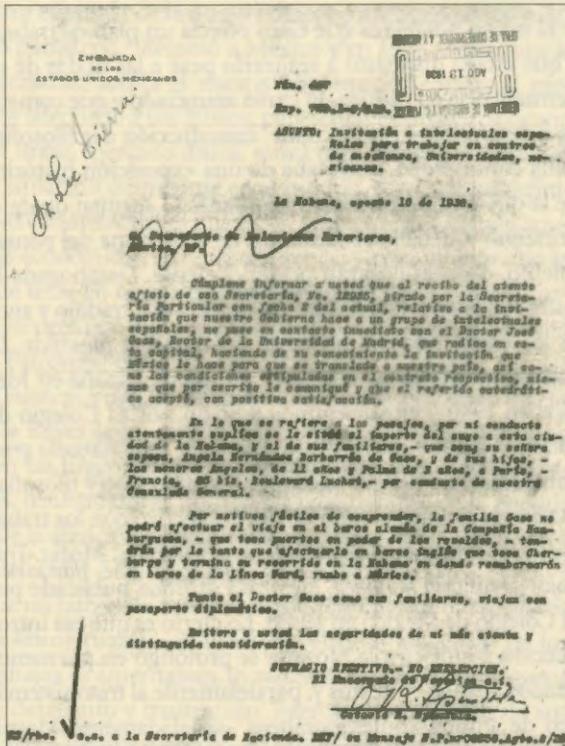


pública española; de ahí pasó a La Habana y finalmente a México. Era un consumado expositor y conferencista, quizá el mejor situado en el medio universitario y en los foros públicos que se abrían a la Universidad. Tenía un sitio bien ganado —el primero, evidentemente— cuando Reyes se hizo cargo de la presidencia de La Casa de España en México. Nada más natural entonces que, al terminar el año escolar de 1939, ofreciera a Gaos la renovación de la beca invitándole a permanecer un año más —pues anuales y requeridas de ofrecimiento y aceptación expresas eran las becas de La Casa a los profesores españoles. Gaos contestó, el 1 de noviembre agradeciendo y pidiendo un tiempo para pensarlo, pues, decía, la aceptación de la invitación representaba para él la resolución de radicar en el país por un tiempo literalmente indefinido. Resolución tan importante requería tiempo, si bien prudente para no entorpecer la marcha de La Casa. Nada impedía, sin embargo, el que propusiera planes de trabajo para el año de 1940, de acuerdo con las indicaciones del presidente. Son palabras casi textuales de aquella carta del 1 de noviembre del 39, en la que veremos el estilo franco y cada vez más cordial y afectuoso que caracterizó la correspondencia del profesor —quien llevó, por decirlo así, la melodía del cúmulo de actividades— y del presidente —encargado de la armonía en la que hallaron sitio esas actividades.

El hecho notable es que Gaos ofrecía un plan de trabajo y que estaba dispuesto a realizarlo pese a las dudas de su permanencia en México. El curso anunciado y que comenzó a desarrollar en 1939 como “Introducción a la filosofía” tenía continuidad, se trataba de una exposición histórica de la que podían beneficiarse quienes lo seguían desde el principio y, dada la consistencia de cada etapa del pensamiento, quienes llegaran posteriormente. Desahogada la parte relativa a la filosofía griega (para la que tradujo y anotó los textos que conformaron la *Antología filosófica. La filosofía griega*, publicado por La Casa de España en México en 1940 y en su segunda edición por El Colegio de México en 1968 con el título *Antología de la filosofía griega*), trataría en 1940 lo relativo a “Cristianismo y filosofía” (andando el tiempo, salió un libro colectivo con los trabajos de los alumnos, *Del cristianismo y la Edad Media. Trabajos de historia filosófica, literaria y artística*, publicado por El Colegio de México en 1943). Lo cierto es que esa introducción histórica a la filosofía se prolongó en pormenorizados análisis de textos y, paralelamente al trato sistemático de autores contemporáneos —señaladamente Martin Heidegger—, siguió hasta sus últimos días.

El lector de este libro apreciará el cúmulo de labores de Gaos, la cantidad de cursos que impartió en la ciudad de México y en capitales de los estados —entre los que destaca el relativo a Marx y Nietzsche y las aproximaciones históricas a la filosofía expuestas en diversas versiones. Importa señalar la coherencia y la continuidad con la que, en medio de esa abundante variedad de actividades, se proponía ir construyendo su propia filosofía, concebida como “Filosofía de la filosofía”, materia de otro curso anunciado ya en 1939, que junto con el de “Filosofía y didáctica de la filosofía” se encaminaba a ese fin en una congruencia palpable desde las primeras declaraciones hechas por Gaos a la prensa en los mismos días de su llegada, en agosto de 1938, cuando señaló que entre sus proyectos estaban algunos libros, resultado de los cursos que había dictado en España y en los que seguiría trabajando aquí.⁵ No eran resúmenes o exposiciones de divulgación, como podría pensarse siguiendo la entrevista; se trataba de algo que en carta del 1 de noviembre de 1939 explicó a su “querido presidente y amigo” Alfonso Reyes, cuando habló de las tareas propuestas para 1940:

⁵ Cfr. Clara E. Lida en colaboración con José Antonio Matesanz y la participación de Beatriz Morán Gortari, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1958 (*Jornadas*, 113), pp. 54-55.



La otra experiencia es que es imposible escribir un libro cuyo tema no coincida con el de los cursos; ahora bien, yo tengo primordial interés en escribir el libro que recogería mis experiencias y mis trabajos de profesional de la filosofía —y esto vendrían a ser los temas del curso que propongo. El curso podría anunciarse como el primero de una serie sobre filosofía y didáctica de las ciencias humanas, que versarían sucesivamente sobre la historia, la literatura, el arte y la estética, las llamadas ciencias morales y políticas. Esta cátedra [Filosofía y didáctica de las ciencias humanas] y la de Introducción a la filosofía eran las que tenía en Madrid.

Para continuar en esos propósitos, sirviendo dignamente como profesor auspiciado por La Casa de España en México, Gaos se impuso un cúmulo de tareas de enseñanza dentro y fuera de la ciudad de México, sin dejar las de traducción, de investigación —que pronto empezaron a dar fruto— y otras alledañas como las de consejo a las casas editoriales. Recorriendo los informes y planes de trabajo, sacamos la cuenta de horas dedicadas a la exposición en cursos y de trabajo en los salones de clase y seminarios: llegan a 28 a la semana, a las que hay que sumar las dos que por disciplina dedicaba diariamente a la traducción, las de preparación de clase (incluidas la lectura y escritura para componer —como literalmente lo hacía— los cur-

sos), las de revisión de trabajos de los estudiantes de tesis que pronto empezó a dirigir. En fin, todo da sobradamente aquella jornada de 14 horas todos los días de la semana salvo, según parece por relatos orales y señas que hay en su correspondencia, algunas horas de descanso los domingos por la tarde, aprovechadas muchas de ellas para una visita familiar en casa de su amigo Alfonso Reyes, vecino cercano en los dos primeros años y nada distante en los que siguieron. La familia Gaos vivió de 1939 a octubre de 1940 en Cuernavaca 50, departamento 20, un edificio entonces nuevo, en la colonia Condesa; se mudó después a Niágara 38, en la colonia Cuauhtémoc, una casa de dos pisos con jardín, en una calle tranquila. La familia Reyes, lo sabemos, en Benjamín Hill 122, a unas cuantas calles de la primera casa de la familia Gaos y a una distancia caminable de la segunda. El lector de estas cartas podrá apreciar trazos de la conversación de días anteriores, ocurrencias que asoman en misivas formales y de asunto grave.

Volviendo al activísimo interlocutor que fue Gaos, hallamos en sus cartas la persistencia en el plan de trabajo original enunciado al concluir el año de 1939. El 1 de mayo de 1940 decía haber ofrecido a La Casa de España “un *manual de fenomenología* y, problemáticamente, otro sobre la filosofía de Heidegger para 1940 en tanto iba componiendo mi *itinerario filosófico* o *Jornadas filosóficas*, como he acabado prefiriendo llamarlas”. Pero el cúmulo de cursos y de tareas diversas le habían impedido cumplir. *Las jornadas*, agregaba, estaban “a disposición visual” de los miembros de La Casa, “pero no a disposición editorial”; confiaba —pues era el trabajo que venía haciendo— en ir las entregando a tiempo, en la medida en que lograra disponerlas para que se publicaran sucesivamente. Esto, junto con otros trabajos, daría un balance de dos años de vida de La Casa de España. Por lo pronto, enfrentar los cursos requería hacer lecturas, traducciones, pues la inopia de reliquias del trabajo hecho en España obligaba a hacerlo todo *ex nihilo*.

Tal es el tono de aquella carta del día de la “Fiesta del Trabajo de 1940” que revela el proyecto de Gaos, entorpecido y frustrado por el exceso de deberes. Y lo cierto es que aquellas *Jornadas filosóficas* —pieza medular en la construcción de una filosofía propia— no se materializaron como entregas o avances de un libro durante aquellos primeros años, pese a la insistencia de Alfonso Reyes, quien reclamó por carta —no sabemos qué pasó en las charlas—, haciéndose portador del parecer de las juntas de La Casa de España y de El Colegio de México (véanse las cartas de Reyes a

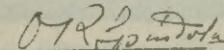
Señor Doctor
Don José Gaos,
Rector de la Universidad de Madrid,
La Habana, República de Cuba.

Distinguido Doctor y fino amigo:

Tengo el honor de referirme a nuestra conversación de esta mañana, y me doy la satisfacción de poder confirmarle a usted, haciéndole formal invitación a nombre de mi Gobierno para ir a México, a trabajar en alguna Universidad, por un año renovable en nuevo contrato.

La remuneración será de \$ 600.00, pesos mexicanos, a partir de la fecha de salida; siendo por cuenta del Gobierno Mexicano los gastos de viaje de ida y vuelta, incluyendo a sus familiares directos conforme a la clasificación de la Ley del Servicio Exterior.

Requiere tenga usted a bien confirmarme en igual forma su aceptación, se verdaderamente honroso para mí aprovechar esta oportunidad para reiterarle las seguridades de mi muy alta y distinguida consideración.


O. Lavín Rector - México -

Gaos del 2 de mayo y 11 de diciembre de 1940 y del 8 de noviembre de 1941).

Sobre la importancia de las *Jornadas filosóficas* y la consistencia autobiográfica de la obra filosófica-sistemática propia de José Gaos, escribió Fernando Salmerón dos textos imprescindibles, "*Jornadas filosóficas. La primera autobiografía de José Gaos*" (publicado en *La Palabra y el Hombre*, Xalapa, número extraordinario, 1974, reproducido en sus *Ensayos filosóficos*. México, Secretaría de Educación Pública 1988), y el prólogo a *Del hombre. (Curso de 1965)*, cuando se publicó la segunda edición por la Universidad Nacional en 1992 como tomo XIII de las *Obras completas de José Gaos*. Advierte el inicio de las *Jornadas* en el primer mes de 1940 —cuyo anuncio hemos percibido antes, en días más cercanos a su llegada a México— y su desarrollo desigual a lo largo de ese año; ve cómo puso Gaos empeño y entusiasmo en su escritura, pero, también, cómo postergó la entrega, pues no quería precipitarla en un resultado insatisfactorio; también, cómo la reelaboró y resumió para exponerla en los cursos de invierno de 1953, ya enriquecida por muchas experiencias, bajo el título de *Confesiones profesionales*, que dio a la imprenta en 1958, al cumplir veinte años de residencia en México. Siguiendo la autobiografía filosófica, Salmerón distingue tres etapas en la vida y obra de Gaos: una primera, formativa, bajo la influencia de sus

maestros, Manuel García Morente, Xavier Zubiri y José Ortega y Gasset, que se inicia en 1923 (a los 23 años de edad, pues había nacido en Fijón el 26 de diciembre de 1900), cuando estudia en Madrid y que se cierra en 1933, cuando después de ejercer la enseñanza en León y en Zaragoza, regresa a Madrid y gana la Cátedra; la segunda va de 1933 a 1953, es de pleno ejercicio personal, bajo la influencia de Edmund Husserl, Martin Heidegger y Wilhelm Dilthey, cuyas obras traduce y expone, concibiendo con el último la filosofía como *Filosofía de la filosofía*, en un complejo histórico e inevitablemente autobiográfico. En la tercera etapa predominará esto último, se define con la expresión lograda de la autobiografía que llamó *Confesiones profesionales* y no filosóficas, "por faltarle nada menos que una filosofía propia". Esta etapa alcanza su realización a partir de 1958, año en que sufrió el primer infarto cardiaco, con la expresión de las obras sistemáticas más logradas y, como otros de sus libros, realizadas y compuestas como cursos: *De la filosofía. (Curso de 1960)* y *Del hombre. (Curso de 1965)*, a los hay que agregar el último que escribió, *Historia de nuestra idea del mundo* (impartido en El Colegio de México en dos versiones, en 1966 y 1967).⁶

Estimulado por lo que veía en el país que lo acogía, al tiempo que avanzaba en los cursos de filosofía, Gaos se fue adentrando en la historia del pensamiento hispanoamericano. La primera impresión la recibió a poco de su llegada a México, cuando invitado a Morelia para impartir unas conferencias visitó la biblioteca del antiguo Colegio de San Nicolás y le mostraron la *Disertación sobre el verdadero método para estudiar la teología escolástica*, escrita por Miguel Hidalgo. Le llamó la atención, pero no entró a su estudio y prefirió dejarlo a Gabriel Méndez Plancarte, mejor conocedor de la teología. En aquella visita —contaba al

⁶ *De la filosofía. Curso de 1960*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 476 pp. (publicaciones de *Diánoia*). Como tomo XII de las *Obras completas de José Gaos*, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, apareció en 1982, precedida de un prólogo de Luis Villoro (XXVIII + 434 pp.)

Del hombre. (Curso de 1965), México, Fondo de Cultura Económica, 1970, 590 pp. (publicaciones de *Diánoia*), como tomo XVIII de las *Obras completas...*, con prólogo de Fernando Salmerón, apareció en 1992.

Historia de nuestra idea del mundo. México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1974, 748 pp., tomo XIV de las *Obras completas...*, nueva edición cotejada con el manuscrito original y prólogo de Andrés Lira, 1994, 791 pp.

Como tomo XIX de las *Obras completas...*, aparecerá este año de 1999, *Epistolario y papeles privados*, edición, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra, 527 pp.

recordarnos la historia de su seminario— le impresionó también el hallazgo de las obras de Nietzsche en alemán cuidadosamente anotadas por un lector avezado; preguntó a quién habían pertenecido los libros y supo que al doctor José Torres Orozco, maestro de Samuel Ramos. De éstas y de otras obras se valió Gaos para preparar algunos cursos, como puede verse en la carta que escribió a Reyes el 29 de abril de 1941, dando cuenta de la devolución de nueve tomos de las obras de Nietzsche y otros de Schopenhauer, pertenecientes “a la Universidad de Morelia”. Gaos recordaba la impresión que le había causado el texto de Hidalgo como evidencia de una concepción moderna, “positiva”, de la teología en las postrimerías del siglo XVIII y el conocimiento de los filósofos alemanes que mostraban aquellas obras anotadas. Percibió, decía, una amplia posibilidad en la historia del pensamiento que pronto empezaría a materializarse.⁷

Sabemos por sus relatos escritos y orales que fue Leopoldo Zea el primer discípulo que tuvo. Zea presentó en el curso de 1939 un trabajo sobre la filosofía griega que le impresionó al grado de procurarle una beca de La Casa de España para que se dedicara plenamente a la filosofía; pudo así ocuparse, sin abandonar el estudio de la filosofía en general, del estudio del pensamiento en México y obtuvo la maestría y el doctorado con los trabajos que vendrían a ser sus primeros libros, *El positivismo en México y Apogeo y decadencia del positivismo en México*, publicados por El Colegio de México en 1943 y 1944, respectivamente, y recogidos en un solo volumen por el Fondo de Cultura Económica en 1968.

Para los años en que Zea daba fin a sus trabajos, Gaos se había adentrado, siguiendo el camino natural de los cursos, en el pensamiento hispanoamericano; en carta del 7 de noviembre de 1941 informaba sobre el curso “Filosofía y didáctica de las ciencias humanas II”, dedicado a “América en los orígenes del mundo moderno en los llamados

⁷ La expresión más lograda, a la que precedieron varios artículos a partir de 1992, se logró en *El pensamiento hispanoamericano*. México, El Colegio de México, s.f. (*Jornadas*, 12); y en la *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, México, Editorial Séneca, 1945, LVI + 1414 pp. (colección Laberinto, 5) recogidos en el tomo V de las *Obras completas*..., ordenado y prologado por Elsa Cecilia Frost, que apareció en 1993. 1197 pp.

Cit. Sobre el pensamiento mexicano publicó abundantes trabajos, recogidos en el tomo VIII de las *Obras completas*..., “Filosofía mexicana de nuestros días. En torno a la filosofía mexicana. Sobre la filosofía y la cultura en México”, prólogo de Leopoldo Zea y nota del coordinador de la edición, Fernando Salmerón, 1996, 653 pp.

México D. F., a 2 de febrero de 1945

Dr. D. Samuel Cosío Vilegas,
Secretario de la Junta de Gobierno de El Colegio de México

Querido Cosío:

Están con los cursos que hepa fuera de El Colegio, pero a cargo de él:

Historia del Pensamiento de Lengua Española, en la Facultad de Filosofía, los martes y jueves, a las 20 horas.

Historia de la Filosofía de Kant a nuestros días, en la Facultad de Filosofía, los martes y jueves, a las 19 horas.

Alfonso Reyes

historiadores de Indias”. Esto nos pone al tanto de una situación asumida por Gaos en su vida profesional al acercarse a América como objeto de estudio, apoyada en una situación personal, pues recibió la ciudadanía el 10 de junio de 1941, prueba de su ánimo de arraigo en México, su patria de elección. A fines de ese año, la familia Gaos se mudó, como hemos visto, del departamento que ocupaba en la calle de Cuernavaca, número 50, a la casa de la calle de Niágara número 38, poco más lejos de la casa de Alfonso Reyes, poco más cerca de la Facultad de Filosofía en la casona de Mascarones, y muy cerca de El Colegio de México, ubicado entonces en Pánuco 63.

1942 iniciaba con buenos augurios, pero pronto llegaron las vacas flacas. El 16 de enero, Alfonso Reyes, no pudiendo evitar malas noticias, comunicó a Gaos y a otros miembros de El Colegio que por carta del secretario de Educación, Octavio Véjar Vázquez, se le informaba que el renglón de “subsidios” de esa secretaría había sido reducido por la de Hacienda y que, en consecuencia, el sueldo mensual, en el caso de Gaos, se reduciría de 600 a 500 pesos (en otros casos, hay constancias parecidas, las reducciones fueron mayores); pero no era eso lo peor (dado que, como mexicano, Gaos podía ya recibir compensaciones por otros trabajos, lo que como extranjeros becarios no fue posible a otros investigadores de El Colegio): a renglón seguido se le anunciaba que el contrato anual, firmado hasta entonces como formalismo para documentar la renovación que se tenía por segura, terminaría efectivamente el 31 de diciem-

bre y que para 1943 no habría nueva contratación. Gaos contestó desolado el día 22: "Querido Reyes, qué remedio" y con un reproche resignado, hablando por otros y por él, dijo: "No pensaba que sería lo que acabase mereciendo nuestro trabajo."

Eran tiempos difíciles y no sólo en lo económico, parecían recrudecerse susceptibilidades y exclusivismos que afectaban a los republicanos españoles, no aceptados plenamente por gran parte de la sociedad mexicana; su presencia destacada en el ámbito universitario molestaba a más de uno por aquello de las rivalidades reales y figuradas. El 23 de abril de 1942, Reyes, presidente de El Colegio de México, consideró necesario recordar a Gaos que, en su calidad de miembro de El Colegio prestaba servicios como profesor extraordinario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, y que los integrantes de la Junta de Gobierno de El Colegio le sugerían —según se había hecho por conducto de Reyes en ocasión anterior— limitara su actividad a la labor docente, "absteniéndose de intervenir en cuanto se refiere a nombramientos de cátedras y demás puntos de régimen interior de la respectiva Facultad en que usted colabora..." A lo que Gaos contestó al día siguiente que suponía que aquella comunicación era una circular y que en satisfacción a lo señalado informaba que siempre se había abstenido de toda participación ajena a las labores de enseñanza, como lo seguiría haciendo, al punto de abstenerse de participar en jurados de exámenes de grado; por lo demás, terminaba, era del conocimiento del presidente de El Colegio todo lo que hacían y dejaban de hacer sus miembros.

Hay en esas palabras de Gaos el tono de molestia y extrañeza, que, naturalmente, provocaron las comunicaciones de Reyes, quien, por su lado, matizaba las observaciones para hacerlas menos insoportables. Y lo cierto es que uno y otro amigos se hacían cargo de la situación, dejando de lado los absurdos inevitables de la burocracia y de la politiquería. Con esfuerzo y constancia los superaban.

El 4 de enero de 1943, Reyes se dirigía a José Gaos —"Mi querido amigo"— invitándolo a colaborar en El Colegio un año más con el sueldo de 600 pesos. No encontramos la respuesta que seguramente dio de inmediato. Lo que hallamos es la evidencia de la continuidad de los trabajos de Gaos como profesor y como traductor. Hay un escrito dirigido al presidente y al secretario de El Colegio de México, "Mis queridos Reyes y Cosío", sin fecha y sin carta que lo anuncie y que parece ser del último tercio de 1943, en el que propone un ambicioso plan de trabajo sobre "Los

jesuitas del siglo xvii y los jesuitas del siglo xviii", que debería culminar en un libro. Se trata de una incursión en la historia del espíritu moderno en la que comprometía a colegas españoles de la talla de Juan David García Bacca y a otros colegas mexicanos que habían asistido a sus cursos y seminarios en relación más de igualdad —como allegados— que de alumnos: se trata de Edmundo O'Gorman, Justino Fernández y Antonio Gómez Robledo, y de alumnos destacadísimos como Tomás Gurza, Victoria Junco, Olga Quiroz, Gustavo Fernández y Elena Prado, con el concurso de Leopoldo Zea. Un plan que si no se realizó tal cual, sí fue, al fin y al cabo, una de las expresiones más fructíferas del Seminario de Historia del Pensamiento de Lengua Española, en el que Gaos había logrado visiones ambiciosas y en el que seguiría trabajando hasta los últimos días. Cuando hizo esa propuesta a las autoridades de El Colegio, se hallaba bajo la influencia inmediata de un gran libro, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo xviii*, de Bernard Groethuysen, publicado en alemán en 1927, traducido por Gaos en 1942 y editado por el Fondo de Cultura Económica en 1943. Era el tipo de historia que gustaba a Gaos y lo recomendaba como "libro de cabecera" a quienes nos interesaba la historia de las ideas en sentido amplio; historicista convencido y convincente, Gaos seguía desde tiempo atrás a Dilthey y sus discípulos. En 1930 se publicó la primera edición castellana del magnífico libro de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, en la excelente traducción de Gaos, y aquí, colaborando en la titánica labor de Eugenio Ímaz, junto con Wenceslao Roces y con Juan Roura Parella, se hizo cargo de la traducción del libro de Dilthey intitulado *De Leibniz a Goethe*, que apareció en 1945. El prólogo del traductor que antepuso Gaos a la obra de Goethysen respira el entusiasmo ante la posibilidad que abrían esos ejemplos en la historia del espíritu; advirtió que era posible sumar esfuerzos uniendo los trabajos que se realizaban en su seminario y los que se estaban llevando a cabo en lugares afines. Como muestra citaba en un informe —sin duda muy poco posterior a la expresión de su proyecto— el trabajo de Ramón Iglesia, "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", texto de una conferencia pronunciada en octubre de 1943, que bien podría sumarse a la obra colectiva propuesta.⁸

Que no se haya realizado el libro planeado no quita mérito. En partes, fueron apareciendo aquí y allá trabajos del

⁸ Recogido en Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 182-198.

propio Gaos, de discípulos sumados entonces a la empresa y de otros que llegaron poco más tarde. El impulso estaba dado y vendrían a sumarse Monelisa Lina Pérez-Marchand, cuyo libro *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México a través de los papeles de la Inquisición* (El Colegio de México, 1945) fue un gran logro del seminario, Rafael Moreno y Bernabé Navarro, cuyas aportaciones de la historia de la filosofía a la Nueva España del siglo xviii habría que señalar, junto con obras de tema más amplio, como la de Luis Villoro.⁹

Los trabajos del seminario sobre los siglos xvii y xviii se interrumpieron ya en los años cincuenta, al iniciarse el cambio de los acervos de la Biblioteca Nacional al edificio de la Biblioteca central en la flamante Ciudad Universitaria. La mudanza no se realizaría sino muchos años más tarde, cuando se terminó el actual edificio de la Biblioteca Nacional en la nueva sección de la Ciudad Universitaria. El seminario siguió, sin embargo, beneficiando lo que se había logrado en aquellos acervos y en otros, y encaminándose hacia nuevos temas. Gaos defendía con paciencia y con ejemplar constancia a los alumnos esperanzado siempre en la conclusión de los trabajos que llevaban buen camino, pasando sobre ausencias explicables de los alumnos y animado por logros como las tesis de maestría de Luis Villoro, Vera Yamuni, Francisco López Cámara, Carmen Rovira, Fernando Salmerón y Alejandro Rossi. Fueron trabajos presentados en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Algunas tesis realizadas en el Seminario de Historia del pensamiento de Lengua Española en los años cincuenta se encaminaron más a la filosofía que a la historia del pensamiento, propiamente dicha; tal es el caso de la tesis de Fernando Salmerón sobre *Las mocedades de Ortega y Gasset* y, notoriamente, de la de Alejandro Rossi, sobre *Lo racional y lo irracional en la "Ciencia de la lógica de Hegel"*. Los becarios del seminario eran estudiantes de filosofía auspiciados por El Colegio de México y la ubicación de la Facultad en la Ciudad Universitaria fue definiendo —por no decir sólo agrandando— la distancia respecto a El Colegio.

Sin desprenderse de la institución, Gaos dejó de depender de ella al incorporarse a la Facultad de Filosofía y Letras como profesor de tiempo completo en 1955. Ese paso, co-

⁹ Véase *Bibliografía filosófica mexicana, 1969. (Seguida de una bibliografía del doctor José Gaos)*, año II, núm. 2, México, 1971, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 91-94.

mo decía Gaos en carta del 31 de agosto a Reyes, le obligaba a pedir un cambio en su condición de miembro de El Colegio de México, reconociendo la deuda que él tenía como trasterado español y afirmando expresamente los lazos que por medio del seminario mantendría con la institución que lo auspiciaba haciendo posible la plena dedicación de los becarios al trabajo de investigación.

Lo cierto es que Gaos, sin dejar el Seminario de Historia del Pensamiento de Lengua Española —cuyo éxito era arrollador en más de un sentido, pues llegó a tener hasta veinte alumnos inscritos—, iba abriendo sitio a su propia filosofía. Había definido los hilos de su biografía filosófica en las *Confesiones profesionales*, punto de partida de una expresión sistemática que venía aplazando obligado por los compromisos de cursos, dirección de tesis, traducciones, artículos y conferencias.

La situación se hizo dolorosamente clara al presentarse los primeros problemas serios de salud. En 1958, como lo señala Fernando Salmerón coincidiendo con Vera Yamuni,¹⁰ Gaos sufrió el primer infarto cardiaco, lo que le puso en el predicamento de reducir la jornada de trabajo y devolver la atención a los proyectos postergados. Sin embargo, en los testimonios aquí reunidos hay evidencia de que esos problemas se presentaron antes, como se desprende de la carta de Emilio Uranga a Alfonso Reyes fechada el 6 de febrero de 1957, en la que habla preocupado por su maestro Gaos, cuya vista y cuyo tiempo estaban "tasados debido a un lamentable accidente". Algo debió ocurrir a fines de 1956 o a principios de 1957, pues Uranga escribía desde París mencionando una carta de Gaos.

Alfonso Reyes, al cuidado de su salud afectada por males cardíacos desde 1944, pasaba temporadas en Cuernavaca —sobre todo a partir del infarto que sufrió en 1951— dedicado a preparar la edición de sus *Obras completas* —de las cuales alcanzó a revisar doce volúmenes y a ver sólo nueve impresos— y a escribir la historia documental de sus libros.¹¹ Es natural que, tanto por la nueva ubicación de Gaos como profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras como por sus muchas ocupaciones, las

¹⁰ Véase Fernando Salmerón, prólogo a José Gaos, *Del hombre. (Curso de 1965)... Obras completas...* t. XIII, pp. 17-20; Vera Yamuni, prólogo a José Gaos, *Confesiones profesionales y aforística*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982; *Obras completas...* XVII, p. 25.

¹¹ Alfonso Reyes, *Cuando creí morir e Historia documental de mis libros [1955-1959]*, recogidos en el tomo XXIV de las *Obras completas...*, citado en la nota 3, supra, pp. 119-351.

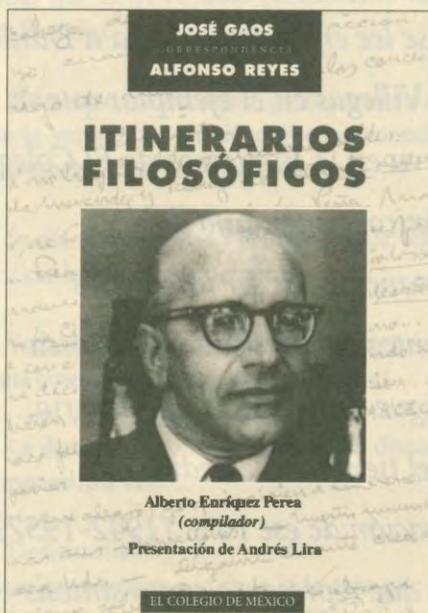
cartas entre los dos amigos escasearan y llegaran a limitarse a cuestiones formales, a apuros de trabajo. Lo vemos en la que escribió Gaos el 27 de julio de 1958 explicando a Reyes por qué no podía asumir la representación de El Colegio de México en la celebración de un centenario (no sabemos de qué, no se menciona). Gaos tenía que atender dos cursos y un seminario en el que dirigía diez tesis, al que, por invención del director de la Facultad, se sumaba un seminario colectivo de profesores (lo que a él, individualista convencido, le parecía sin sentido); acabar de leer la tesis de un discípulo de Zea, cuyo examen se celebraría el 4 de agosto (coligiendo datos, hallamos que se trata de la tesis de maestría –primer grado que entonces se otorgaba en letras y humanidades– de Abelardo Villegas, *Filosofía de la mexicanidad*, defendida ese año), corregir la tesis de su sobrina Amparo, seguir con la traducción de obras de Nicolai Hartmann, preparar el prólogo de la *Libra astronómica y filosófica* de Carlos de Sigüenza y Góngora (obra que Gaos había copiado íntegra –a mano, por supuesto– debido a la intransigencia de Antonio Pompa y Pompa, director de la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien no permitía fotocopiar y menos que el libro saliera. Pompa y Pompa comentaba años después que esa intransigencia le permitió disfrutar de la charla de Gaos, los sábados por la mañana, que eran las horas que el abrumado profesor dedicaba a la obligada tarea de copista),¹² terminar artículos –uno sobre Alfonso Reyes– y un libro ya comprometido, preparar una serie de 20 conferencias que impartiría en la Universidad de Caracas y un breviario de filosofía para esa Universidad. Para el anuario *Diánoia*, poner en forma una lección y “acabar de preparar el material del libro *De la filosofía* para la colección aneja a *Diánoia*” [lo que vale la pena destacar, pues se trata del curso de 1960, publicado en 1962 y, como tomo XII de las *Obras completas* en 1982, que con *Del hombre. (Curso de 1965)* constituye la expresión más lograda de la filosofía de Gaos]. Pero, “sobre todo –decía Gaos– el régimen de Chávez [se trata de Ignacio Chávez, cardiólogo de Reyes y de él]: ¡restringir todo lo posible las actividades de clases! Y, a partir del 1 de febrero del 59 mi primer año sabático en toda la vida, para el que quisiera estar libre de todo compromiso...”

¹² Apareció como número 2 de la colección Nueva Biblioteca Mexicana: Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica*, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

No hubo más que la respuesta comedida de su amigo don Alfonso, excusándose el 5 de agosto por haber acordado, sin previo parecer de Gaos, el compromiso de aquella representación, obligándolo, una vez más, a dar cuenta de las incesantes y abrumadoras tareas y de las cuales no se liberó Gaos bien a bien. Se dio tiempo, eso sí, para integrar tres libros de mayor dimensión y reunir trabajos sueltos de diversas épocas –de 1947 a 1965– que en su brevedad dan cuenta de temas capitales y asumidos con auténtico sentido del humor.¹³

De la experiencia que tanto Reyes como Gaos cuidaron, quedan aquí las señales. Al volver sobre las autobiografías y sobre las reflexiones autobiográficas que uno y otro entregaron en diversas obras, no estará por demás tener a la mano el *Itinerario filosófico* que señalaran en el diálogo epistolar.¹⁴ ☪

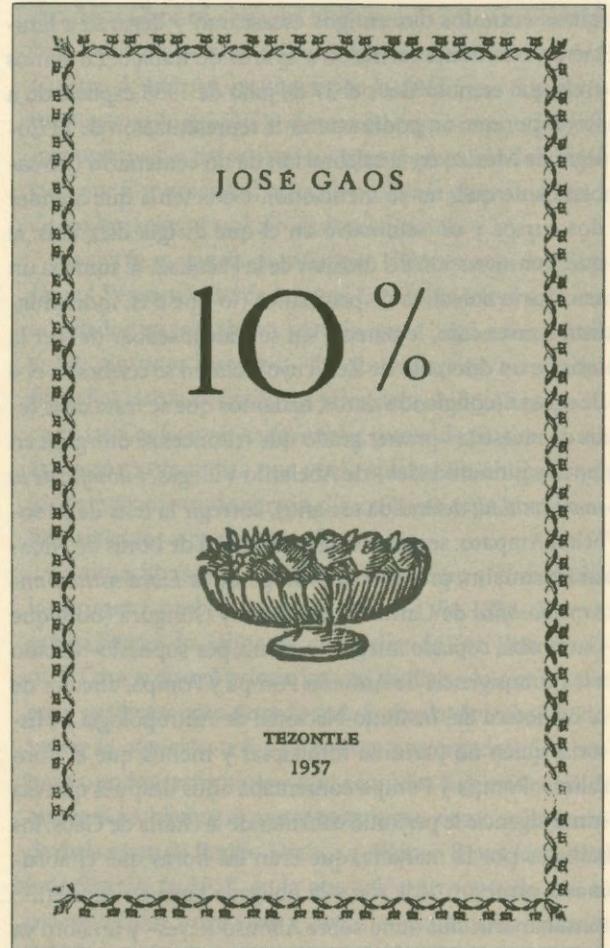
Prólogo al libro *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes*, El Colegio de México, 1999.



¹³ José Gaos, *De antropología e historiografía*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1967 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, 40).

¹⁴ El lector hallará en el *Epistolario y papeles privados* de José Gaos, citado en nota 6, materiales que dibujan el universo de este *Itinerario*. Sobre Alfonso Reyes recomiendo el libro de Fernando Curiel, *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio Nacional, 1995, enriquecido con bibliografía.

La práctica aforística no fue ajena a la escritura de José Gaos, como lo demuestran, entre otros, estos textos reunidos en *10%*, pero sí fue un tanto cuanto extraña a su manera de filosofar, más expansiva y arborescente que concentrada en enunciados. Por eso, los aforismos reunidos en esta pequeña edición, publicada en un hermoso libro de la colección Tezontle en 1957, “impreso para desear a los amigos un feliz 1958” como se lee en la dedicatoria a Daniel Cosío Villegas en el ejemplar que se conserva en la Biblioteca de El Colegio de México, tienen una doble importancia: por ser uno de los momentos en que Gaos más busca —consigue— una precisión literaria, y por el tiempo que dedica a la elaboración de ese *10%* (1942-1957). Por lo que representa como síntesis lúdica del pensamiento del gran pensador transferrado consideramos pertinente su publicación a manera de homenaje. (JME)



*Ejemplar n° 12,
de Daniel Cosío Villegas.
Impreso para desear a los amigos
un feliz 1958.
José Gaos*

A

ALFONSO REYES

*munusculum hoc
pro quot quantisque
muneribus*

I. En el aislamiento excesivo se vuelve la vida entera un vicio solitario.

II. Las preguntas de los niños son expresión de un inquirir filosófico que desaparece con los años: para temer que la filosofía sea una prolongación anormal de la puericia.

III. El gran misterio: cómo habiendo un Dios infinitamente sabio, bueno, justo y poderoso, no se redujo la creación al cielo, lugar de todos los bienes sin mezcla de mal alguno.

IV. Lo humano ¿serán los antropomorfismos o el superarlos?

V. Hay talentos echados a perder por la ciencia o el arte.

VI. El arte de conquistar a *otro* exige salir de *sí*.

VII. El arte de la correspondencia epistolar está en escribir, no lo que se desea decir, sino lo que el destinatario desea leer.

VIII. La persona que libremente se vincula a otra no se toma justo libertades con ella.

IX. Habiéndose engañado siempre que había pensado bien de los demás, pensó una vez mal de alguien —y también se engañó.

X. Toda una vida de esfuerzos puede no ser bastante para librarse de los efectos de una educación errada.



I. Puede que una cosa sea la moral y otra el arte de vivir o de ser feliz, si la virtud y la felicidad no se identificasen más que en el virtuoso pensamiento de algunos infelices filósofos.

II. El haberse hecho deber profesional la investigación de la verdad, ha tenido por consecuencia que se busquen mucho más otras muchas cosas.

III. Su afán de perfección le impedía a la vez publicar y no criticar las publicaciones ajenas.

IV. Toda biblioteca privada es en mayor o menor parte una colección de proyectos de lectura.

V. La discoteca es más auténtica: los discos se oyen por lo menos una vez.

VI. Dedicatoria:

Los libros no enseñan a vivir la vida más que a aquel a quien la vida ha enseñado a leer los libros.

Este libro no te enseñará nada que no sepas y te enseñará mucho que no sabes.

VII. El chimpancé tiene que inhibir el impulso de echar mano al plátano y alejar éste para, dando un rodeo, acercarlo y acabar haciéndose con él. El "arte de amar" consiste muchas veces en una conducta semejante.

VIII. La mejor manera de pensar en las mujeres es no pensar en ellas más que cuando se las tiene delante; pero cuando se las tiene delante, no pensar más que en ellas.

IX. Sólo por lo excepcional de no hacerlos esperar nunca, les daba a todos los hombres la impresión de ser una mujer superior.

X. La claridad es el desprestigio del filósofo.

XX

I. La religión es un proceder religiosamente con objetos religiosos. La ciencia, un proceder científicamente con objetos científicos. La astrología, la alquimia, la aritmética pitagórica, la cábala, la magia, un proceder seudocientíficamente con objetos científicos. La metafísica, un proceder seudocientíficamente con objetos religiosos.

II. Las raíces del hombre en el cosmos no están en los espacios de éste, sino en el fondo de aquél.

III. Cuanto más impresionante la diferencia entre el hombre vivo y su mundo cultural y el animal vivo y su mundo natural, tanto más impresionante la igualdad entre el cadáver humano y el cadáver animal y el "sin mundo" de ambos. La conclusión correcta parece ser que el hombre sólo se diferencia del animal mientras está vivo.

IV. Todo proponer marcha atrás en la historia acusa de sin sentido a la marcha de la historia hacia adelante. Pero entonces ¿qué garantía puede dar del sentido de la marcha atrás el que la propone —desde delante en la marcha?

V. Ya es tanto cuestión como defender la libertad de la prensa frente al Estado, defender la libertad del individuo privado frente a la prensa.

VI. Los presocráticos son los principiantes de la filosofía, que tientan irresistiblemente a los principiantes en filosofía, empezando por los profesores.

VII. Sinrazón, pensar que, por muy razonable que se sea, se puede evitar ser desgraciado. Sinrazón, pensar que el mundo esté racionalmente organizado. Razón es sólo este dictado.

inspira
y hace crear,

VIII. La libidine

causa obsesión
y esteriliza.

IX. En amor no hay que preparar discursos, sino situaciones.

X. Una *Introducción a la Filosofía* es el primer libro de filosofía que se debe leer y el último que se debe escribir.

XXX

Y. ¿Por qué no pensar de todas las filosofías y religiones lo que todas piensan de todas las demás?

II. El hombre es el único ente desequilibrado por oscilante entre contrarios como los sumos e ínfimos de la soberbia y la abyección, el entusiasmo o endiosamiento y el tedio de la vida.

III. Somos, sin duda, productos y órganos de la naturaleza, pero como lo son, también sin duda, los animales: sin saber cómo, por qué ni para qué lo somos.

IV. Con libros destinados a mostrar lo que sabe el autor, cuando éste no sabe nada que no se halle en libros

ajenos, no hay derecho a hacer perder el tiempo a los lectores.

V. Sócrates es un torero de la virtud tan saleroso y tan trágicamente como Séneca.

VI. —Si fuésemos capaces de ver las cosas sin convencionalismos...
—Pero ¿es que los convencionalismos no cooperan a integrar las cosas?

VII. Si nos dirigiese siempre puramente la razón, la vida sería apacible, pero melancólica.

VIII. En la guerra del amor no es conveniente ganar todas las batallas; pero si no conviniese perder una determinada, lo que hay que hacer es no presentarla, saltarla, aguardar hasta que la que se haya de librar sea *la siguiente*.

IX. El amante ideal es una persona libre y fiel, contradicción en los términos.

X. Hay aforismos que sólo son guiños de inteligencia que hace el autor a ciertos lectores.

IV. La necesidad de un autor de los entes que vienen a ser, dejen o no de ser, es la misma, que con todos los entes del mundo real, con uno solo y el más fugaz de los fenómenos de la fantasía o la ilusión.

V. El hombre es el único ente desequilibrado entre el nivel inferior en que están achatados los entes infrahumanos y el nivel superior en que está, todo exaltado, Dios.

VI. La diferencia entre el hombre y el animal no está en comprender el mundo, sino en comprender que no lo comprende.

VII. Dos solas clases de libros de instrucción, no de entretenimiento, son justificables: aquellos cuya finalidad es facilitar los más difíciles que ellos y los integrados exclusivamente de novedades que lo sean de veras.

VIII. Aristóteles es el mayor éxito en la historia de las ideas: es el hombre de quien ha aceptado un mayor número de ideas un mayor número de hombres.

IX. Hay que consentir en hacer alguna que otra locura, pero con la condición de no tomarla demasiado en serio.

X. Se esforzó por reaccionar tan irreflexivamente a unos desaguisados de la persona querida, que no hizo más que provocar en ésta el recuerdo de las ocasiones en que ella misma no había estado tan bien, un complejo de inferioridad, resentimiento y desamor.

XL

I. Si las religiones fuesen pura falsedad, el hombre sería un ente producido por la naturaleza para el error.

II. El mayor valor de las filosofías es el de lo que se llama "cambiar ideas"
—e ideas del mundo, y con mentes excepcionales.

III. Esas ocurrencias que, no apuntadas en el acto, no se recuerdan por más esfuerzos que se hagan, son un buen ejemplo de las creaciones y aniquilaciones en que burbujea el mundo entero.

L

I. Los sistemas metafísicos del mundo son un producto arcaico de la cultura, como la epopeya, el Estado-ciudad, los fundadores de grandes religiones...

II. Las pruebas de la existencia de Dios, para evitar una serie de causas *infinita*, concluyen una primera causa... *infinita*.

III. El hombre es el único ente descontento con su suerte ontológica, el único ente que quisiera ser otro. Por eso tiende a *su* aniquilación, es decir, como *hombre*, hasta por la vía de la identificación con Dios.

IV. Porque el mundo no tenga ningún sentido para el animal ¿deja de tener alguno para el hombre? Porque no tenga para el hombre más del que tiene ¿dejará de tenerlo?

V. Todo libro en que el autor pone su experiencia de la vida y su personalidad a disposición de sus prójimos, enriquece en algo la experiencia y la personalidad de los lectores.

VI. Santo Tomás no pudo escribir con sentido el título *Utrum Deus sit*, si Dios existe, sin ser ateo condicional en aquel instante.

VII. Qué *obstinación* la de buscar la dicha consecuentemente en la *persistencia* y no paradójicamente en el *cambio*.

VIII. Quien quiere a su manera debe aceptar que le quieran a la ajena.

IX. El hábito genera en unos casos la saciedad y el hastío, pero en otros la necesidad imprescindible y siempre renovada. En amor se dan unos y otros: el hartarse de una persona y el no poder prescindir de una persona.

X. La constancia puede ablandar, enternecer y lograr por fin, pero también irritar, endurecer y malograr para siempre.

I. Pedirle a la filosofía estilo literario es sobreentender que no es ciencia.

II. La metafísica enseña poco del mundo, del que se hace; mucho del hombre, que la hace.

III. El incrédulo, el escéptico, se resignan a la incomprendibilidad del mundo. El filósofo, el teólogo, prefieren comprender el mundo por un Dios incomprensible.

IV. El hombre es el concebidor de lo superior a él.

V. La verdad es que el rasgo dominante de la historia y la vida diaria, desde las carnicerías multitudinarias hasta los más sutiles y secretos sadismos y masoquismos, el rasgo dominante del hombre, es la crueldad, la maldad. Hay que caracterizar al hombre tanto por el demonio como por Dios. Y aun parece el demonio una invención del hombre indulgente consigo mismo; pues comparado en maldad con el hombre, no es el demonio más que un pobre diablo.

VI. Demasiada presunción pensar que si no hay inmortalidad personal no tiene el mundo sentido.

VII. Descartes es el hombre que ha reducido más toneladas de historia y doctrina a un más simple cuerpo cristalino.

VIII. Es una experiencia tan reiterada como la que más, la de que las facultades humanas no alcanzan sino a concebir lo absoluto en religión, filosofía y amor: ni a demostrarlo, ni a realizarlo.

IX. En amor no hay peor injerencia que la del propio.

X. Puede haber amor propio así en el aferrarse al amor a una persona como en el romperlo. Difícil dilucidar en tales asuntos y coyunturas aun para quien más quisiera sólo razonar lúcidamente.

LXX

I. La famosa refutación del positivismo, extensible al escepticismo, como los propios positivismo y escepticismo, pecan de ambigüedad: toda negación de la filosofía, toda abjuración de la filosofía, es filosofía, pero la negación y abjuración de la metafísica no es metafísica.

II. Motivaciones irracionales las tienen no sólo las pruebas de la existencia de Dios, sino también las críticas de estas pruebas. Por consiguiente es un contrasentido una crítica de las pruebas que pretenda ser puramente racional y convincente.

III. El demonio es el negador sólo porque el hombre es ambos.

IV. Qué perspectiva la de que la otra vida consista en dar clase de metafísica... empírica a bienaventurados o condenados y en hacer traducciones del alemán al celestial o al infernal. Si la naturaleza no da saltos y hay otra vida, ésta podría no ser sino un paso más arriba —o más abajo.

V. Kant escribió la *Razón Práctica* para dar satisfacción a su razón impura.

VI. ¿Cómo se puede ser responsable de los errores cometidos por no tener de la vida el saber que cuesta tanto, entre ello tales errores, adquirir?

VII. El hombre se des-vive por lo absoluto, cierto. Pero también cierto que le cuesta vivir sin desvivirse por ello.

VIII. Carece de corazón quien no sienta afecto en contra de sus intereses siquiera una vez.

IX. Hay dificultad en conciliar el escribir ajustado al pensamiento justo y el escribir bien: entre los valores estéticos de vocabulario, construcción, ritmo, y los valores de rigor lógico y verdad objetiva, no parece haber armonía preestablecida.

X. A la juventud le falta el sentido de la realidad plena de la vida tanto como a la niñez el conocimiento de la sexualidad cabal.

LXXX

I. Hegel pensaba que Dios había encarnado no sólo en un carpintero metido a predicador y esquivo en Galilea, sino también en un profesor metido a periodista y fugitivo ante Napoleón.

II. Él tranquilamente convencido de estar en la intimidad de la esencia divina, más bien debiera andar azoradísimo de estar en tal intimidad.

III. Si en muchas obras de filosofía se entresacasen, de las exposiciones y referencias históricas, de las críticas y polémicas, de las explicaciones más o menos didácticas y de las porciones de relleno y ligazón para dar al todo una apariencia sistemática, las ideas real y verdaderamente aportadas al mundo por el autor, quedarían las obras reducidas a una colección de aforismos, no siempre muy copiosa.

IV. En la ostentación del título de filósofo hay algo del advenedizo.

V. Quienes se desviven por la otra vida, corren el riesgo de que no se la den, no vayan a desvivirla por una tercera. Únicamente quienes hayan hecho aprecio de ésta merecen otra.

VI. ¿Quién se pone a hacer nada con la casa desmantelada! Hay que aguardar a la nueva instalación —a la nueva ilusión.

VII. No hay error, ni ajeno ni propio, al que, recuperando el aplomo, no se le pueda sacar partido.

VIII. Buena palabra y mala pluma pueden ser los resultados de la espontaneidad en el hablar y la artificiosidad en el escribir.

IX. En la crítica de toda dedicación en la que no se es el primero hay resentimiento.

X. La juventud no es la edad de las pasiones, sino la de las ilusiones. La edad de las pasiones es la madurez.

Al arquitecto Luis Barragán

- I. El poder puede ser de derecho ilimitado con tal que sepa limitarse de hecho.
- II. Para que Dios exista en el mundo en cuanto existente en el espíritu humano no hace falta el consentimiento universal: basta un creyente.
- III. La innegable existencia de la idea de Dios en la mente del hombre es la prueba de la existencia de un paso de la naturaleza —desde la materia hasta tal idea— como quizá no sería mayor el paso —también de la naturaleza— desde tal idea hasta la realidad misma de Dios.
- IV. El desplazamiento del hombre por la máquina sólo ha sido posible tras la mecanización del trabajo mismo del hombre. El totalitarismo del Estado, sólo tras haberse hecho pública la vida entera, a costa de la privada e íntima.
- V. ¡La ciencia del arte, muerte del placer estético!
¿Un arte del placer estético? ¡La ciencia del arte!
- VI. El progreso en la literatura y el arte parece tan efectivo como en la ciencia y la técnica, aunque no sea ni en una sola línea, ni en todas, pero sí en muchas, ni en cada una de éstas sin vaivenes: cómo no considerar como progreso del arte literario, por ejemplo, en la “pintura de las pasiones”, *Un amor de Swann* comparado con el canto de la *Eneida* sobre la pasión de Dido por Eneas.
- VII. Humorismo es la expresión irónica de la simpatía por el fracaso. El sumo, y el más profundo, por el fracaso que es el hombre mismo: el del *Quijote*.
- VIII. No se puede vivir sin ilusiones. Pero las hay en el sentido del hacerse ilusiones o engañarse con esperanzas y en el sentido de los ideales esperanzadores. Y aquellas ilusiones sin las que no se puede vivir no son sólo las segundas, sino también las primeras.

IX. La madurez consiste en gozar hondamente de la realidad a pesar de ver a la perfección sus deficiencias.

X. Con el alargamiento de la vida media ha venido, no el alargamiento de la vejez, sino el acortamiento de ésta y el alargamiento de la madurez.

I. Dios: cuando menos, qué invención —literalmente insuperable. Honra al hombre tan altamente como alto el Altísimo.

II. La posibilidad de la inmortalidad no puede ser más que como toda posibilidad: prolongada indefinidamente —incluso en la otra vida.

III. ¡Se ha perdido la guerra! ¿Qué hacer? —¡Pues declararla!

IV. En el corazón no se manda. En el hueco del corazón, menos.

V. Manón y Carmen: la autonomía de la espontaneidad o la voluntad femeninas respectivamente en lo ligero y en lo grave.

VI. Es más elegante la ironía de dar menos de lo que se da que la simulación de dar más de lo que se da. Más elegante aún, no decirlo.

VII. La fe en sí mismo ha de llevarse oculta, en espera del juicio de los contemporáneos y en la esperanza del juicio de la posteridad.

VIII. Lograr la mayor ambición de la vida acarrea una peligrosa relajación hacia la muerte: tener que seguir esforzándose por lograrla es un seguro de vida.

IX. Sin aquella enfermedad mortal que le libró de la preocupación de conservar la vida, habría muerto sin disfrutar de ésta sin trabas.

X. El cáncer mata a todo el mundo y todo el mundo muere de cáncer. —Pues si cáncer es sinónimo de muerte, tanto da morir de cáncer como morir de muerte, y no hay por qué temer más, ni menos, al cáncer que a la muerte.



I. El arte de ser feliz consiste en procurar en todo lo más y contentarse en todo con lo procurado efectivamente. Sin lo primero, no habría nunca más que felicidad mediocre. Sin lo segundo, no hay, pura y simplemente, felicidad.

II. Se puede tener toda la razón del mundo e inferir mucho mal.

III. Quien dice “todo o nada” está perdido. Porque el todo no está en nuestro poder, pero el nada sí.

IV. La idea de que la verdad y el deber necesitan ser universales puede ser un subterfugio para sustraerse a la verdad y el deber personales.

V. El afán de tener salvadores es hijo de la pereza o la cobardía políticas o metafísicas de la mayoría de los hombres.

VI. Lo Absoluto podría no ser más que nuestra *hybris*.

VII. La grandeza está en ser grande conforme a los propios ideales de grandeza.

VIII. Sin convivirlas en el amor, las demás cosas de la vida, indiferentes. Sin convivir las demás cosas de la vida en el amor, éste, decepcionante.

IX. Jugar con fuego —y quemarse: eso es la vida.

X. Un libro es un espejo que se pasea a lo largo del autor —y a lo ancho y a lo hondo.

1942-1957

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

**Alfonso Reyes y el llanto
de España en Buenos Aires**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

**Daniel Cosío Villegas y su misión
en Portugal 1936-1937**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

**Fronteras conquistadas.
Correspondencia
Alfonso Reyes/Silvio Zavala,
1937-1958**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

**Itinerarios filosóficos.
Correspondencia
José Gaos/Alfonso Reyes**

Presentación de Andrés Lira
Alberto Enríquez Perea (*compilador*)



EL COLEGIO DE MÉXICO

México y el pensamiento mexicano

La actitud de Gaos ante el pensamiento mexicano es un caso particular de la que tomó ante el pensamiento hispanoamericano en general, pero que tiene especial interés por la atención y dedicación singular que Gaos dedicó al mismo. Es indudable que en ello influyó decisivamente el haberse radicado el maestro español en México, pero no menos decisiva fue la espléndida recepción que dicho país hizo a los “refugiados” españoles de la guerra civil. En numerosos casos –podría decirse que siempre que la ocasión se le ha presentado–, ha expresado Gaos su agradecimiento por la recepción mexicana, lo mismo a los políticos más altos, empezando por el entonces presidente de la República, don Lázaro Cárdenas, hasta los intelectuales más conspicuos del momento –Antonio Caso, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog– y los compañeros de la filosofía que en pie de igualdad compartieron con ellos tareas de enseñanza y edición en instituciones como la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; la Universidad Femenina de México; La Casa de España en México, fundada por el presidente de la República exclusivamente para patrocinar a los intelectuales españoles recién llegados al país, y que más tarde se convirtió en El Colegio de México; el Fondo de Cultura Económica; *Cuadernos Americanos*, y otras instituciones de que Gaos ha hecho el recuento en un ensayo.¹ Pero el agradecimiento de Gaos por México no se limitó, en cualquier

caso, a mera expresión verbal, sino que puso lo mejor de sí mismo en la potenciación de la filosofía y los filósofos mexicanos, al objeto de, según sus propias palabras, “poder pagar aún las deudas parciales de la total e impagable deuda con México”.² En todos sus prólogos se encuentra casi siempre la huella de esa conciencia deudora, si bien quizá nunca de forma tan expresa como en el siguiente párrafo: “México salvó la vida, la vida intelectual, que para el intelectual es la vida pura y simplemente, de los numerosos intelectuales españoles de que se sabe. Sería para mí motivo de la más frutiva satisfacción que se pudiera reconocer cómo de mi parte he hecho todo lo factible por corresponder según era debido.”³ Esta extraordinaria recepción mexicana no pudo menos de obrar en el ánimo de los españoles, creando una peculiar vivencia que José Gaos ha expresado acertadamente con el neologismo de “transterrados”, por oposición al nombre acuñado de “desterrados”; con ello se pretende expresar el sentimiento peculiar de haberse instalado en una tierra, que sin ser como la abandonada, tampoco resulta ser completamente extraña, en la que la nueva vida se siente como una prolongación de la anterior. He aquí cómo lo expresa el propio Gaos:

En los españoles actuó, sin duda, desde un principio, la emigración. Con una actuación de dos vertientes. Toda emigración representa una experiencia vital tan importante como no puede menos de ser la experiencia de emprender una vida más o menos nueva. Pero una emigración forzosamente representa la experiencia de emprender una vida más o menos nueva en una peculiar relación con la vida anterior.

Este texto es un fragmento del libro *El exilio filosófico en América*, FCE, 1999.

¹ “Los transterrados españoles de la filosofía en México”, en *Filosofía mexicana de nuestros días*, México, 1954.

² *Pensamiento de lengua española*, p. 11.

³ *Filosofía mexicana de nuestros días*, p. 14.

Como ésta se dejó por fuerza y no por prever otra vida preferible y resolverse a vivirla, se vive la vida nueva con una singular fidelidad, a la anterior, lo que da de sí una potenciación de lo que retenía en ésta, lo valioso de ella, menos notorio en lo habitual de la posesión que en lo al pronto insólito de la pérdida, y en lo engrandecedor, que no empuñador, de la distancia temporal en el recuerdo. Esto puede ser aún en el caso de que el asiento en la nueva tierra resulte preferible al retorno a la dejada, cuando entre valores de una y valores de otra cabe ver una relación que permita conciliar la fidelidad a los unos con la adhesión a los otros. Es lo que nos ha pasado a los españoles en México. Porque, y ésta es la otra de las vertientes anunciadas, los españoles hicimos un nuevo descubrimiento de América. "Sabíamos" de la América española, pero qué diferente "vivir" su vastedad y diversidad en el presente, su profundidad y complejidad por el pasado y aún su juventud, su fermentar de formación, y por las tres cosas su plétora de

posibilidades de futuro. Pero nosotros habíamos iniciado ya en España la actividad de que estoy tratando. Es que la reivindicación de los valores españoles había empezado en España, movilizada justamente por la conciencia de su valer. Esta conciencia era parte para que no previésemos otra vida preferible y la posibilidad de dejar la que vivíamos, posibilidad en que no pensamos, hubiese de realizarse sólo como se realizó, por la violencia. Por fortuna, lo que hay de español en esta América nos ha permitido conciliar la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos.⁴

Esta adhesión de Gaos a los valores de su nueva tierra americana, es sentida por él como una identificación con la nación mexicana, su lugar de asentamiento, según ha expresado en otro lugar al hablar del mismo tema, con palabras que recogeré aquí nuevamente:

En esta identificación con la nación mexicana, Gaos ha llegado a formular su teoría de las dos patrias: la de "origen", que nos viene dada por un azar más allá de toda decisión personal, y la patria "de destino", libremente elegida por coincidir con el proyecto de vida que voluntariamente nos hemos impuesto. Entre España, "patria de origen", y México, "patria de destino", Gaos parece complacerse en una aceptación espontáneamente vivida de la segunda.⁵

Aunque, al principio, impuesta por la violencia, como decía antes Gaos, esta posterior aceptación espontánea de su destino le lleva a Gaos a interesarse por las producciones intelectuales mexicanas, origen de sus libros sobre el tema: *En torno a la filosofía mexicana* (1952-1953), *Filosofía mexicana de nuestros días* (1954), aparte de los trabajos incluidos en *Pensamiento de lengua española* (1945). Sería de indudable interés ir analizando una por una las contribuciones gaussianas a la historia de las ideas en México en cada uno de estos libros; contribuciones que van desde la nota crítica sobre un libro —muy frecuentemente—, hasta un estudio serio y detallado sobre un tema, como el magnífico sobre "El sistema de Caso" (en *Filosofía mexicana de nuestros días*) o sobre "El pensamiento hispanoamericano" (en *Pensamiento de lengua española*), pasando por prólogos, conferencias, presentaciones de libros —actividades naturales todas ellas en un pensador "de circunstancias", como era y pretendía ser José Gaos. Las numerosas actividades filosóficas y el interés apasionado



⁴ *Ibid.*, pp. 312-313.

⁵ *Filosofía española en América* (1936-1966), pp. 23-24.

que Gaos puso en ellas son pruebas de la fidelidad con que vivió su "circunstancialismo" filosófico. Y por muy deleznable que tales actividades puedan parecer, un repaso ligero a unas cuantas de ellas nos revelará la densidad, la honradez y la extraordinaria fecundidad que las mismas pueden revestir. Para citar sólo una de ellas, una de las más desconsideradas entre nosotros —la de crítico de libros— recordemos que al libro de Eduardo Nicol, *Historicismo y*



existencialismo, le ha dedicado dos estudios, uno de ellos de 53 páginas densas y de letra menuda, y a los trabajos de lógica jurídica de García Máynez, cerca de 40 del mismo estilo, con las naturales y valiosísimas consecuencias para el lector o estudioso del libro, tanto como para el autor del mismo. Los límites que nos hemos trazado en este trabajo nos impiden ir deslindando y analizando un tema que habría de ser tan largo y minucioso como interesante y fructífero.

Uno de los modos por los que la influencia de Gaos en México habría de ser más fuerte y perdurable, es a través de sus alumnos y discípulos, de los que ya anteriormente

hablamos. Entre ellos logró el maestro despertar un interés cada vez mayor por la historia del pensamiento y la filosofía mexicana, que ha ido concretándose en un tema: el de la *filosofía de lo mexicano*, que, como luego veremos, si logró la aquiescencia del maestro, fue con reparos y bajo ciertas condiciones.

Aunque Gaos reivindica para Alfonso Reyes la prioridad en el movimiento que tiene como tema lo que podríamos llamar "búsqueda del alma nacional mexicana" y en Samuel Ramos un antecedente clarísimo del mismo movimiento, no deja de reconocer que es su discípulo, Leopoldo Zea, quien aglutina de forma consciente y radical en sus distintas variantes, mediante la fundación del llamado Grupo Filosófico Hiperión, con la colaboración de Ricardo Güera, Joaquín Macgregor, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Emilio Uranga, Fausto Vega y Luis Villoro. Este movimiento filosófico "Hiperión", dirigido por Zea, tiene como órgano de expresión la colección "México y lo mexicano", que tuvo su aparición pública con el volumen de Alfonso Reyes, *La X en la frente (Algunas páginas sobre México)*, al que siguió el libro de Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano*. En el citado primer volumen hay una "Advertencia" de Zea, fundador y director de la colección, que dice entre otras cosas:

Un sorprendente, y cada vez más creciente, interés de los mexicanos por México, lo Mexicano y el Mexicano ha dado lugar a lo que los historiadores llaman un "clima" en torno a estos problemas. Trátase de un movimiento tendente a captar el espíritu de México, el sentido de lo Mexicano y el ser o modo de ser del hombre de esta realidad. Este "clima" se ha desplazado del mundo puramente académico llegando a través de diversas vías, al hombre llamado "común"... Esta popularización de los temas sobre México, lo Mexicano y el Mexicano ha conducido en muchas ocasiones a falsas interpretaciones... que han originado disputas y disputas sobre disputas. Por esta razón se hacía necesaria una Colección... en la que se expusieren, en forma concreta y asequible, los diversos enfoques que se han venido dando a estos temas en esta etapa de conciencia de nuestra realidad.

El proyecto gozaba de la simpatía de Gaos, como lo manifestó en su ensayo "México, tema y responsabilidad",⁶ puesto que él mismo lo había alentado en cierto modo; ¿de dónde, entonces, esos reparos y condiciones de que antes hablábamos? Pero, antes de contestar a esta pregunta será conveniente exponer, siquiera sea someramente, la actitud de Gaos respecto de la historia en general de la

⁶ *Filosofía mexicana en nuestros días*, pp. 191-216.

filosofía en México. A pesar de numerosos intentos realizados no hemos podido conseguir, ni siquiera consultar, los dos tomos en que, bajo el título *En torno a la filosofía mexicana*, Gaos expone su visión de la historia de la filosofía en México, teniendo por tanto que atenernos a lo que en su conferencia, "Lo mexicano en filosofía", dice sobre el tema; creemos poder así extraer al menos lo esencial de su pensamiento.

En primer lugar, debemos destacar la intención con que Gaos hace este repaso a la filosofía mexicana, y no es otra que la de verificar la verdad o falsedad del juicio que asegura que México no ha hecho ninguna aportación a la filosofía universal, habiéndose limitado a importar filosofías extranjeras. Gaos duda, sin embargo, de que la importación de filosofías sea un hecho puramente receptivo y no haya en él al menos un mínimo de actividad aportativa. Bien pudiera considerarse así la mera importación de filosofía escolástica durante la primera época de la colonia. No ocurre esto desde la mitad del siglo XVIII, en que los jesuitas y algunos que no lo son, como Gamarra, seleccionan con criterio *electivo* tales filosofías, y este criterio no puede ser otro que el de su valor para las necesidades y circunstancias del país. Este crucial momento del XVIII, marca dos etapas diferentes en el carácter importador de las filosofías extranjeras, que si primero se hacen *desde fuera con espíritu metropolitano* que se impone a la colonia, en un segundo momento se importa *desde dentro con espíritu de espontaneidad, independencia y personalidad nacional y patriótica creciente*. Este criterio electivo es el que marca la importación de la filosofía liberal en la primera mitad del siglo XIX, de la positivista en la segunda mitad de dicho siglo y de los movimientos espiritualistas y antipositivistas en las primeras décadas de este siglo.

Pero estas importaciones activamente *electivas*, no se limitan en muchos casos a ser sólo tales, sino que se *adaptan* a las peculiaridades culturales del país en su momento para lograr una plena y fecunda *inserción en lo nacional*. Y en casos relevantes —por ejemplo, el de Gabino Barreda en su oración cívica de Guanajuato el 16 de septiembre de 1867— se pasó más allá todavía: a una *inserción de lo nacional en lo innovador y hegemónico*, lográndose así *importaciones aportativas* entre las que Gaos destaca la filosofía de la existencia de Antonio Caso y la filosofía estética de José Vasconcelos, a las que considera dignas de figurar en cualquier Historia de la Filosofía, a pesar de la ignorancia que hasta los mismos mexicanos tienen de las mismas. "¿Cuál es la sinrazón de semejante injusticia de la Histo-

ria de la Filosofía con la filosofía mexicana, de los no mexicanos con los mexicanos, de éstos consigo mismos?" Y la contestación no se hace esperar: "Un doble hecho, político y cultural: la dependencia política de América respecto de Europa y la dependencia de las valoraciones culturales respecto de las políticas."⁷

Ahora bien, la reparación de una tal injusticia depende fundamentalmente de la evolución de la filosofía en México y de lo que los filósofos mexicanos hagan, actividad



que necesariamente revertirá sobre su pasado y la valoración del mismo. Recordemos, sin embargo, que la actividad filosófica actual ha recaído sobre el empeño de articular una "filosofía de lo mexicano", a la que Gaos —aún siendo promotor de la misma— había puesto ciertos reparos.

Estos reparos provienen en su totalidad de la motivación última que subyace bajo el afán de tal filosofía de lo mexicano, y dicha motivación no es otra que la pretensión de una filosofía mexicana original. "Mas es obvio —dice Gaos— que si sobre lo mexicano filosofasen no mexicanos, el resultado no sería la filosofía mexicana de que se experimenta afán." La mexicanidad de una filosofía no puede provenir del tema tratado, sino de la idiosincrasia

⁷ *Ibid.*, p. 348.

nacional y personal de sus autores. Por ello dice Gaos, resumiendo su pensamiento:

Filosofía de mexicanos sobre cualquier objeto no puede menos de tener una especificidad característica, en la medida en que la filosofía tampoco puede menos de realizarse en filosofías expresivas de la personalidad, no sólo étnica, sino hasta individual, de los respectivos autores, y en que los mexicanos filosofantes tienen sin duda esta doble personalidad. La cuestión parecería ser, pues que *mexicanos filosofasen*—sobre cualquier objeto.⁸

Por lo demás, Gaos nada tiene que oponer al tratamiento del tema, cuando se deja de identificar filosofía mexicana y filosofía de lo mexicano, y ésta aparece como uno de los múltiples temas de las concéntricas circunstancias mexicana y universal, a que todo filósofo mexicano debe hacer frente. Es la línea seguida por Alfonso Reyes y por Leopoldo Zea, en cuya competencia y buen sentido Gaos tiene plena confianza; ellos se ocupan también de problemas mexicanos, pero sin olvidar su inserción en la temática universal y sin creer que por hablar mucho de México y lo mexicano—filosofía de lo mismo— se es más mexicano que si no se habla de ello; la mexicanidad de la filosofía,



⁸ *Ibid.*, pp. 351-352.

como de lo demás, vendrá dada por la personalidad étnica e individual de los sujetos que traten temas que no tienen por qué ser mexicanos.

En este punto Gaos no ha hecho más que aplicar lo que ya en los primeros años en México había hecho público en un “cuarto a espadas” sobre el tema que ya entonces se debatía ampliamente: “¿Filosofía ‘americana’?” Empieza Gaos dicho artículo con estas palabras: “A lo largo del año que acaba de morir se ha debatido en estos países americanos de lengua española el tema de la creación de una filosofía peculiar de ellos. Se desea llegar a tener una filosofía mexicana o argentina, o americana, como hay una filosofía francesa, alemana o europea.” Y tras admitir lo que no parece tan claro—que sea deseable tener una filosofía propia—Gaos concluye, tajantemente en el mismo sentido anterior, aunque, si antes se refería sólo a lo mexicano, ahora su argumento tiene un carácter más general:

La filosofía griega o la francesa o la alemana no son tales porque los filósofos griegos, franceses o alemanes se hubiesen propuesto que tales fuesen, ni menos la filosofía europea porque se lo hubiesen propuesto los filósofos europeos, sino porque unos griegos, franceses, alemanes o europeos en general, hicieron filosofía. La filosofía *resulta* de la nacionalidad o la “continentalidad”, *sit venia verbo* de sus autores, quizá incluso a pesar de ellos, sin más que ser filosofía, pero auténtica. Si españoles, mexicanos o argentinos, hacen suficiente filosofía, sin más habrá filosofía española, mexicana, argentina, americana. ¿Perogrullada? Quizá necesaria... la filosofía ¿sería original de suyo, por su naturaleza? ¿Filosofía (si auténtica) = original?... La cuestión no está, pues, en hacer filosofía *española* o *americana*, sino en hacer *españoles* o *americanos* filosofía. De lo que hay que preocuparse no es, en fin, de lo español o lo americano, sino de lo filosófico de la filosofía española o americana.⁹

Sin embargo, estas afirmaciones parecen dar por sentado la no existencia de una filosofía americana propiamente dicha, lo que contradice afirmaciones posteriores de Gaos, como hemos visto ya, pero sobre todo, como veremos con más detalle a continuación en la exposición de los caracteres del pensamiento hispanoamericano, lo que tácitamente implica es la existencia del mismo. Ahora bien, ¿cuáles son esos caracteres? Es lo que vamos a examinar inmediatamente. ◀

⁹ *Pensamiento de la lengua española*, pp. 355-361.

SOLEDA L O A E Z A

Presentación de René Rémond

Es para mí un honor presentar al profesor René Rémond, presidente de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, quien esta tarde pronunciará la conferencia titulada "Memoria y deber de memoria".

En un ensayo autobiográfico publicado en 1987 René Rémond escribió que la historia de una carrera profesional puede reconstruirse de la misma manera que en el pasado los geógrafos describían el curso de un río. Entiendo la metáfora como una manera de decir que una carrera profesional se hace según las exigencias de la voluntad y siguiendo los dictados profundos de las inclinaciones y afinidades personales, pero su diseño final también está sujeto a las formas imprevistas del camino que la orientan y la enriquecen. Esta imagen resulta particularmente atractiva para describir el trabajo en la segunda mitad del siglo XX de un universitario, de un historiador, cuya vida profesional no se ha desarrollado sólo en los archivos ni en el gabinete de investigación, sino que se ha construido y enriquecido al ritmo también de la realidad inmediata y atendiendo a las oportunidades del presente. De suerte que, nos dice Rémond, su carrera profesional ha sido también producto de las ocasiones que aparecen súbitamente, de "... peticiones inesperadas que son como los accidentes de la hidrografía, los afluentes que alimentan al río por la izquierda y por la derecha, las capturas, el paso de un terreno a otro..." Hay que decir que René Rémond ha sabido hacer de la topografía del terreno un campo rico de oportunidades en el que ha florecido una historia política renovada y una visión también moderna del papel que los universitarios pueden jugar más allá de los muros del recinto académico. Su participación en labores distintas de la investigación y la docencia, por ejemplo, en los medios de difusión, escritos y audiovisuales a través del periodismo, y en la construcción de instituciones, ha sido una poderosa referencia para la formación de un tipo ideal de universitario de nuestro tiempo: el hombre de conocimiento que, además de reconstruir el pasado, contribuye a la construcción del presente, sin traicionar el rigor ni el compromiso que le impone su lealtad original al mundo de las ideas.

La obra de Rémond sobre las ideas, la opinión, el factor religioso y la vida política —entendida sobre todo a través de sus instituciones: partidos políticos, elecciones— fue decisiva

para la renovación del estudio de la historia política, a la que supo rescatar de la descalificación que sufrió este campo de la disciplina histórica ante el ascenso de la historia económica y de la historia social. Sus trabajos revelan una pasión por la política no como anécdota sino como un ejercicio de reflexión intelectual esencial-

mente inquisitivo. Para Rémond la política es el hecho concreto con que uno se topa de manera incesante en la vida, que interviene en la actividad profesional, y en este siglo en particular en el que, nos dice: "La política nos ha conducido a golpe de su vara de hierro." Su visión de la política es globalizadora. La define con referencia al poder, como la actividad relativa a la conquista, el ejercicio y la práctica del poder en relación con la sociedad global, y la mira en forma amplia en la convicción de que la política es el "punto de condensación" de la sociedad global. De ahí que su empresa de renovación de la historia política haya consistido en la integración a la comprensión del pasado del instrumental de la ciencia política y la estadística, y que sus trabajos sean un ejemplo de "pluridisciplinariedad", o multidisciplinariedad.

La enseñanza y la dirección de tesis, la formación de numerosas generaciones de estudiantes, carrera que se inició en 1946 en la Escuela Normal Superior, en la Universidad de París, en 1947 en el Instituto de Estudios Políticos de París, ha sido uno de los afluentes más nutritivos de su carrera. Sin embargo, no ha querido limitarse a enseñar a estudiantes universitarios jóvenes. Convencido de que un verdadero maestro debe dirigirse a públicos diversos y muy amplios, Rémond ha colaborado con distintas organizaciones profesionales y religiosas, ha incursionado de manera sistemática en el periodismo y en el diseño de programas de difusión del conocimiento histórico. Asimismo de manera muy importante, Rémond fue un acucioso comentarista en los medios de las elecciones en Francia y sus interpretaciones hicieron accesible a grandes públicos la comprensión de la vida política de la Francia contemporánea. Ha participado también en la discusión y el diseño de reformas universitarias, además de ser presidente de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas.

Entre sus obras más importantes podemos destacar: *La derecha en Francia de 1815 a nuestros días*, *Estados Unidos ante la opinión francesa*, *Fuerzas religiosas y actitudes políticas en Francia contemporánea*, *Introducción a la historia de nuestros tiempos* y *Para una historia política*. ☾

Palabras leídas en El Colegio de México, 12 de noviembre de 1998.

Lo contemporáneo de lo contemporáneo

Si el ejercicio al que me he sometido tuviera que implicar una pregunta más, apuesto que ésta se relacionaría con el tipo de historia que debería ser —en el punto en el que se entrecruza la red completa de esas disposiciones, de esas influencias y de esas experiencias— la resultante de otras tantas componentes. Y si sólo dependiera de mí la designación del lugar que ocupó en la vasta cohorte de historiadores, mis contemporáneos, cuyas corrientes son numerosas, y de gran diversidad, ¿dónde elegiría situarme?

Para responder a esta pregunta, normalmente se recurre a diversos procedimientos: la adhesión a un grupo, la referencia a un sistema, el inventario de la obra. Tengo la debilidad de no creer que las dos primeras sean muy operativas en mi caso. ¿La pertenencia a una escuela? Si la niego, no es en mi caso un signo de orgullo, ni menos aún, que repruebe a los que experimentan alguna satisfacción en agregarse a un equipo, sino un gusto vivo por la independencia, además de que las circunstancias han hecho que me haya mantenido al margen de las escuelas. Simplemente es un hecho que no me reconozca en ninguna escuela, sea cual sea el interés que pueda hallar en sus orientaciones. Respecto de varios de los temas de mis libros, he estado desfasado en relación con la orientación dominante del momento, a veces a contracorriente, a veces adelantado: cuando el estudio de la economía se imponía como la historia del futuro, mientras que la mayor parte de mis contemporáneos realizaban tesis de historia económica y social —ambos temas formaban entonces una

pareja estrechamente fusionada—, yo me decanté por los fenómenos de opinión y, después, por la historia de las ideas políticas. Fue determinante sobre todo la convicción de que ningún sistema de explicación da cuenta plenamente de la riqueza y de la complejidad de la realidad.

Tampoco la referencia a un sistema es indicativa. A diferencia de muchos de mis contemporáneos o de colegas más jóvenes en algunos años, nunca me ha atraído el marxismo, y menos aún el comunismo. La biografía de muchos de ellos incluye un pasaje por el partido comunista: algunos de ellos, cuyo nombre personifica para el gran público la historia en devenir, no hacen ningún misterio de haber sido seducidos por el comunismo y de haber creído en una época que representaba el porvenir. La simbiosis que se ha establecido entre la disciplina histórica y ese partido es uno de los hechos importantes de la historia intelectual de la posguerra. Comprendo las razones objetivas de esta seducción y no soy insensible a la visión grandiosa que propone, no desconozco tampoco la fuerza de su coherencia interna, el rigor sistemático, el carácter global de la explicación del mundo y de la historia. Mi pensamiento apenas ha sido influido por todo esto. De entrada, me impresionó más lo que el sistema era incapaz de explicar: demasiados hechos, y hechos capitales, siguen siendo incomprensibles, como la perennidad del hecho nacional y la fuerza de sentimiento que le confieren los individuos, la naturaleza y las causas de las guerras, el hecho religioso. Contra la seducción del sistema yo estaba prevenido por una desconfianza de principio que iba en contra de todos los sistemas cerrados. En cuanto al comunismo, yo no buscaba una Iglesia, tenía una, más respetuosa de mi libertad de pensamiento en el orden de

Tomado de *Ensayos de Ego-historia* de René Rémond (traducción de Isabel Vericat).

los derechos naturales y que, además, me inculcaba una lección de relativismo respecto de las ideologías. Haber ignorado la tentación comunista me preservó después de caer en las exageraciones del anticomunismo pasional, al que veo que se lanzan tantos de los que habían empezado por abrazar el comunismo con el fervor del neófito. No me vanaglorio de que no me haya pasado por la cabeza esta forma de pensamiento y de acción, y mucho menos de no haber variado mis opciones fundamentales: siempre he sido demócrata, y sigo siéndolo. Pero, por favor, que no se me impugne el derecho de tener una opinión en esas materias con el motivo de que, al no haberme equivocado, no estaría calificado para hablar con conocimiento de causa de los errores de otro. ¿Es indispensable para tener el derecho de darles lecciones a otros e indicar a los pueblos la vía de la verdad y de la salvación haberse dejado engañar diez o veinte años por la seducción de una propaganda? ¿Una ingenuidad prolongada es una patente de lucidez tardía y una recomendación a la atención de los otros? En lo que a esto se refiere, no estoy dispuesto a abdicar de mi derecho de primogenitura.

¿La obra entonces? La pretensión del término me hace vacilar, ¿no implica una coherencia, la unidad y la continuidad de un designio perseguido toda la existencia con constancia y tesón? Ahora bien, la lista de mis libros dará ciertamente al que les eche una ojeada la impresión de una relativa dispersión. En el tiempo, mis libros cubren un periodo que va del fin del Antiguo Régimen a la actualidad más reciente y se extiende unos doscientos años. ¿El marco geográfico? Se extiende a uno y otro lados del Atlántico, y se apoya en sus dos orillas. Cabalga varios terrenos y trata de historias política, cultural y religiosa. En cuanto al género, por último, asocia obras de erudición y de síntesis, análisis puntuales y ensayos generales. En realidad, como en toda producción en la que las circunstancias y las solicitudes tiene parte, mis escritos yuxtaponen por lo menos tres lotes. Un primer lote está formado por las obras cuya iniciativa ha venido de alguien más: participación en empresas colectivas de las que se me ha confiado un capítulo o varios, trabajos por encargo, que no por ello son despreciables puesto que son ocasiones de ampliar el campo de las curiosidades propias y de aligerar la pluma. Un segundo grupo se compone de obras colectivas o publicaciones de actas de coloquios de los que fui yo el que tuvo, esta vez, la iniciativa. Estas obras por lo tanto expresan más mis inclinaciones y mis interrogaciones: yo había concebido por lo general el proyecto de las mismas, dibujado la



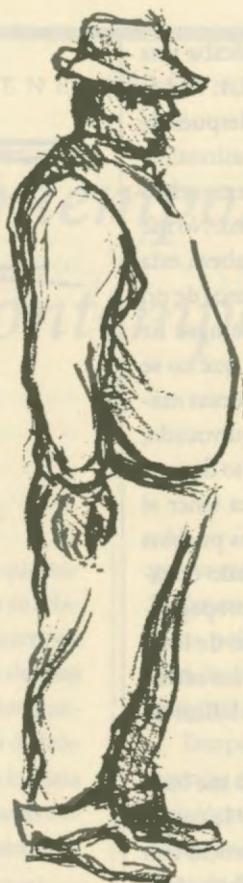
arquitectura, formulado la problemática, enunciado las conclusiones, evaluado el balance. Pero es naturalmente en los escritos que constituyen la tercera hoja del tríptico donde más me reconozco: coloco en él mi tesis sobre Estados Unidos ante la opinión francesa en la primera mitad del siglo XIX, mi ensayo sobre la historia de los derechos en Francia de 1815 hasta nuestros días, mi estudio, aún inconcluso, sobre la evolución de la vida política en Francia, por ahora de 1789 a 1879, el libro sobre el anticlericalismo, y yo agregaría, aunque tiene que ver con un género diferente, el ensayo sobre el gobierno de una sociedad a la luz de mi experiencia como responsable de una colectividad universitaria atrapada por la turbulencia.

Sin caer en el error tan común de introducir en la abundancia de la existencia y el desorden de una producción una lógica que no estaba al principio, distingo a pesar de todo una cierta unidad de inspiración que me parece la culminación de la red de influencias, de disposiciones y de experiencias cuya madeja he tratado de desenredar. Permítanme enunciar las características principales de esta relativa unidad de preocupaciones.

Levantemos de entrada la hipoteca de la dispersión en el espacio: la regla de la unidad de lugar no ha sido trans-

gredida, por mucho que lo parezca. Si he dedicado efectivamente largos años a una investigación cuyo tema aparentemente era Estados Unidos y si el libro que es el fruto de ellos es el más voluminoso de todos los que he escrito, el objeto principal, el punto focal de esta elipsis con dos centros era Francia: la realidad estadounidense no era más que el pretexto para una radiografía de esta opinión, o el reactivo que colorea el producto: es la imagen que se forma en la retina de la opinión francesa más que los objetos reales que son el origen de ella, lo que incitaba mi curiosidad. Esta preferencia confesada por Francia no excluye un vivo interés por la sociedad y la historia del ultra-Atlántico. Siempre me han atraído las singularidades de las historias de cada pueblo y cuanto más avanzo en la vida más me fascina el misterio de las identidades nacionales y de su perennidad a través de las épocas. Pero es Francia, su cultura, sus tradiciones de pensamiento, sus fuerzas políticas, su sociedad, lo que es el tema constante, casi exclusivo, de mis trabajos y de mis escritos.

Es un poco diferente en lo que respecta a la referencia cronológica: admito que el centro de gravedad de mis investigaciones se ha desplazado. Y me he como deslizado del primer siglo XIX —el de la monarquía restaurada y de la sociedad censataria, cuyas personas y cosas, hábitos de pensamiento, decoración de la existencia, costumbres y estilo me llegaron a ser familiares— a la segunda mitad del siglo XX. Pero este desplazamiento no ha sido ruptura, no he escogido el hoy contra el anteayer. Además de que el interés por la historia de nuestro tiempo no ha sido mi demonio de mediodía y de que es tan antiguo como mis trabajos del siglo XIX, mi desciframiento del presente se arraiga en el conocimiento del pasado. Nunca he tomado mi partido por el corte que mis mayores creían que tenían que establecer entre un pasado digno de toda su atención y un presente que abandonaban a la observación subjetiva de los contemporáneos. Siempre me ha parecido lamentable la disciplina histórica y perjudicial para la educación ciudadana el *no man's land* de ignorancia y de indiferencia que interponía una extensión desértica entre el término del periodo inscrito en los programas y con-



vertido en materia de enseñanza y el momento en el que vivimos. No he parado hasta haber colmado por mí mismo la laguna y restablecido la continuidad entre el conocimiento libresco y la experiencia directa, hasta el punto de que este pedazo intermedio, dejado en la penumbra, que para mí iba desde el desencadenamiento de la primera guerra hasta los pródromos de la segunda, pronto se convirtió en uno de los más familiares. En 1957, Jean Touchard, que compartía mi sentir en este aspecto, acogió en la *Revue française de science politique* un artículo que se titulaba "Alegato por una historia de la que se ha hecho caso omiso". ¿Qué es, pues, esa historia abandonada? Precisamente la de entre dos guerras cuyo estudio propiamente histórico yo deploraba que nadie hubiera emprendido aún: yo reivindicaba para ella el estatuto de objeto científico y trazaba varias direcciones de investigación. El artículo hizo algo de ruido y las reacciones no fueron todas positivas: hacer un alegato, en 1957, para que los historiadores empiecen a interesarse en la Cámara del

Bloque nacional o en las elecciones del Cartel de izquierdas parecía aún a algunos historiadores una aventura y hasta una provocación. Después, las cosas han cambiado mucho y, afortunadamente, los espíritus han evolucionado. Todos admiten que se puede trabajar válidamente en una historia menos alejada que la definida por el límite fatídico de cincuenta años cumplidos. Las investigaciones se han multiplicado en la estela de coloquios cuya iniciativa yo tuve bajo la égida de la Fundación nacional de ciencias políticas y que han sido los primeros en abrir el camino a un estudio científico del gobierno del Frente popular, o del régimen de Vichy y de la Revolución nacional.

Más que la referencia a un país, o que un segmento en la duración, es la naturaleza de los hechos sobre los que se fija por preferencia la atención del historiador lo que define su personalidad y la originalidad de su aportación. El campo que prospecta hoy la historia se ha vuelto tan vasto y tan diverso que ya no es posible —¿pero lo fue alguna vez?— a ningún historiador abarcar toda su extensión, y por una paradoja cuya lógica parece implacable, es cuando

se afirma como nunca la aspiración a una historia global que reunificara todos los aspectos de la existencia de los hombres en sociedad cuando el historiador desfallece ante la inmensidad de la tarea y la historia se fragmenta en una multiplicidad de especialidades: el tiempo de la historia global es también el de la historia fragmentada.

Creo haber tenido siempre el gusto por una historia problemática: la historia anecdótica siempre me ha dejado indiferente. He concebido todo el tiempo la andadura histórica como esencialmente interrogativa. El reflejo del historiador debería ser de asombro: no admitir como supuesto el curso de los acontecimientos, volver a encontrar la frescura de espíritu de los contemporáneos, la novedad del acontecimiento. La comparación de dos fechas, la comparación de dos países son otras tantas maneras de hacer surgir las preguntas. Por ello mi inclinación natural me lleva más hacia el ensayo que hacia la narración: el relato, al que vuelvo de buena gana de vez en cuando, entra en el proceso de una reflexión que tiende a comprender o a explicar. Es este giro del espíritu el que me hace sentir tanto placer y encontrar tanta satisfacción en la forma del seminario de investigación: ya no se trata en efecto de impartir una enseñanza consumada, la andadura común es la de un cuestionamiento ininterrumpido en el que cada paso vuelve a plantear la pregunta, en el que todo resultado es el punto de partida de otras preguntas, en el que sobre todo la conversación emprende el vaivén entre el espíritu y la realidad. Por la experiencia he descubierto que el ritmo que más le conviene a la respiración de la inteligencia en búsqueda era un desarrollo de dos o tres años. En un cuarto de siglo, también he dirigido una investigación colectiva que unía estrechamente el estudio del pasado con la observación del presente y fecundaba el análisis político mediante el conocimiento de las experiencias históricas; en una decena de temas: las Iglesias como instituciones históricas, la participación, los círculos políticos, el secreto en política, la parte de la memoria en la cultura política.

Mis centros preferenciales de interés están contenidos en cuatro vocablos cuyo enunciado dibuja un tetragono: las ideas, la opinión, el hecho religioso, la vida política.



¿Las ideas? Es el más antiguo de los cuatro. Me vienen a la memoria conversaciones sostenidas con un amigo, desaparecido en 1944: en tiempos del servicio militar, en pleno invierno de 1940, formábamos ya el proyecto de escribir una historia de la vida de las ideas. Compartíamos la convicción de que las ideas tenían una existencia propia, que no eran la simple proyección de intereses o de una organización social: estábamos paralelamente persuadidos de que tenían un poder, puesto que al estudiarlas uno no se dejaba embaucar por un reflejo sino que se captaba en ellas uno de los componentes de la historia. Este interés por las ideas no se separaba de una percepción histórica: en nuestro espíritu, el término historia no tenía menos importancia que la referencia a las ideas, no se trataba de estudiar éstas haciendo abstracción del tiempo de su eclosión ni independientemente de la acogida que recibieran de los contemporáneos o de las generaciones siguientes. Estaba, en suma, menos interesado en su coherencia inter-

na, en su disposición dentro de un conjunto sistemático, que en sus relaciones con los hombres, su fortuna o su fracaso, la sucesión de azares que han afectado su difusión, también las alteraciones que sufren.

Estas precisiones sobre el planteamiento que tiene mi preferencia del estudio de las ideas habrán hecho escuchar que la opinión —el segundo término de mi enumeración— no es un polo concurrente con el que debería compartir la atención: es la prolongación de la misma orientación. Opinión es una aproximación: designa el conjunto de creencias y engloba este orden de hechos al que Alphonse Dupront debía dar un estado civil al introducir la denominación, más sugerente que armoniosa, de colectivo mental. Yo estaba, estoy siempre atraído por lo que los hombres —y no solamente las primeras figuras— piensan, creen, por sus convicciones políticas, sus creencias religiosas, su sensibilidad, su afectividad, los valores que dan un sentido a su existencia, y hasta en sus comportamientos, en la medida en que se aclaran mediante estos factores culturales.

Es esta orientación la que me inspira el tema que he elegido para mi tesis: se presentó en buena hora a mi mente, creo que fue antes incluso de haber terminado mi licencia-

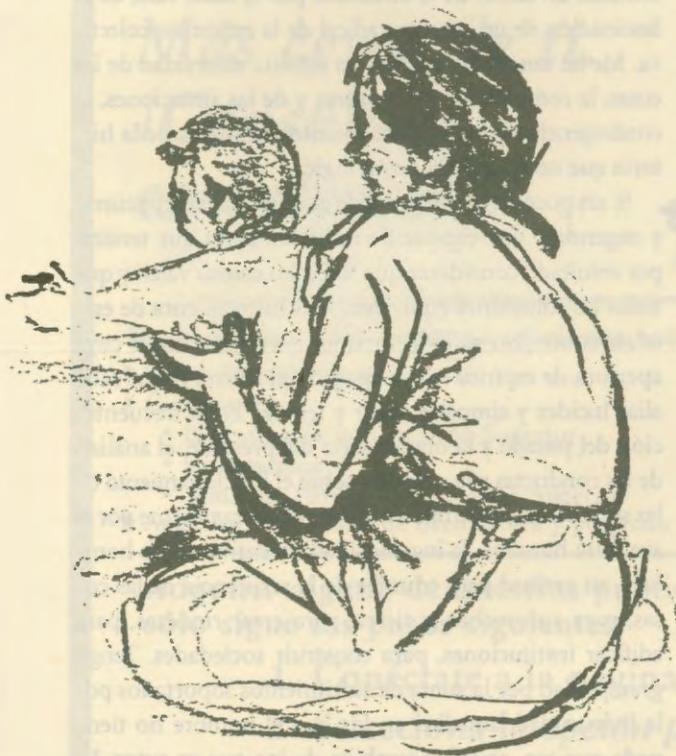
tura. Rivalizaba con algunos otros, entre ellos un estudio del orleanismo como filosofía política, sistema de pensamiento y familia de espíritu, y también una historia de la misa como práctica y experiencia en el siglo XIX. Lucien Febvre, a quien yo consultaba en mi apuro, era escéptico respecto a la posibilidad de hacer una tesis sobre la imagen de la realidad estadounidense en la opinión francesa; él veía en ello más bien materia de algunos artículos escritos con soltura. Charles H. Pouthas aceptó muy liberalmente dirigir este tema. En 1947, este tipo de tema era aún relativamente insólito: no fue sino hasta unos años más tarde cuando Pierre Renouvin hizo la teoría del estudio de las fuerzas profundas en la historia de las relaciones internacionales. El tema me seducía porque conjugaba dos o tres de mis atracciones: la vida de las ideas, la evolución de la opinión y las divergencias políticas.

El mismo agrupamiento de motivos, la misma combinación de sentimientos inspiraron un poco más tarde la elección del tema para el libro en el que trabajaba a la vez, que fue mi verdadero primer libro y que sigue siendo ahora, treinta años después, aquel con el que se me identifica en general: *La derecha en Francia*. Cuando no se cita más que un título, si no se ha leído más que una obra, se trata en general de éste. La identificación tiene buen fundamento: me ha abierto las puertas de la Fundación nacional de ciencias políticas. Sobre todo, es uno de los que expresan más fielmente mis orientaciones de espíritu. Y sin embargo, antes de detener definitivamente mi elección del estudio de una tradición del pensamiento, he oscilado durante algún tiempo entre ésta y una historia de la huelga; es decir, más o menos el tema que Michelle Perrot iba a tratar de manera magistral. ¿A qué se debe la orientación de una vida y de una obra? Una historia de la huelga habría hecho de mí un especialista de historia social, me habría ganado una pequeña reputación de historiador social, habría escrito en *Le mouvement social*, estaría asociado al Centro de historia del sindicalismo y si los medios de comunicación me mencionaran de vez en cuando, sería para comentar los conflictos laborales o explicar las innovaciones de la legislación social. La elección en la que me detuve era sin duda más conforme con mis inclinaciones secretas y encontraba la connivencia de interés por la política. ¿Llegaría hasta decir que esta atención por lo político es tan antigua como el sentimiento de la duración del que hago proceder el nacimiento de mi vocación de historiador? Tal vez, pero no debe ser mucho más tardía. Me costaría mencionar mi primer recuerdo

político: creo que fue, de paseo con mi padre por la estación Saint-Lazare, haber asistido de lejos al cerco que mantenían en las oficinas de la calle de Rome los miembros de la liga de la Acción francesa. Mucho más tarde, aprendí a fechar este hecho en el mes de junio de 1927 y a apreciar el significado que tenía, ¿pero qué podía representar el acontecimiento para un niño de ocho años? También me acuerdo de las vísperas del primero de mayo en mi infancia: a la salida del liceo, caballeros de la guardia republicana llegaban a reforzar las comisarías de policía. Recuerdos vagos que testimonian la aparición de lo político y me hacían sentir la existencia de un terreno misterioso. Nací verdaderamente a la conciencia política con el invierno 1933-1934: el affaire Stavisky, la tarde del 6 de febrero, la muerte del consejero Príncipe. Desde entonces, nunca he dejado de tener en ello un interés de todos los días: hay que reconocer que la política apenas movió a mi generación. Para un historiador, tener veinte años el día mismo de la firma de los acuerdos de Munich no predispone a considerar a la política algo desdeñable. No más que franquear la línea de los cincuenta años en 1968. La política nos ha conducido con su vara de hierro. Tampoco tiene gran mérito que la considere determinante. Los años siguientes acabaron de convencerme de la impotencia de todo sistema para rendir cuenta del fenómeno de la guerra, que no tiene explicación racional y que ejerce en la historia de los hombres un papel considerable. Descubrí más tarde la fascinación que ejerce en el espíritu el poder, que es una figura de lo sagrado tanto como una necesidad de la vida en sociedad. Más tarde aún, la responsabilidad de una universidad en una fase crítica, al ponerme en estrecho contacto con los poderes públicos, me hizo tocar con el dedo el carácter aleatorio de toda acción política y las incertidumbres que acompañan a toda decisión. Más que ningún otro fenómeno político lo electoral retuvo mi atención: no colma solamente mi amor por las cifras, me interesa porque revela las constancias de la opinión; me inquieta por el secreto que le rodea hasta el último momento en el que comienza el escrutinio; me hace entrever el misterio de los comportamientos colectivos por la extraordinaria homogeneidad que caracteriza sus evoluciones.

Por todas estas razones, con la distancia que borra los accidentes del terreno y simplifica las líneas, me parece que la elección de un estudio de la derecha, desde la primera Restauración hasta nuestros días, no fue cosa del azar, sino que correspondía a mi vocación profunda. "Has-

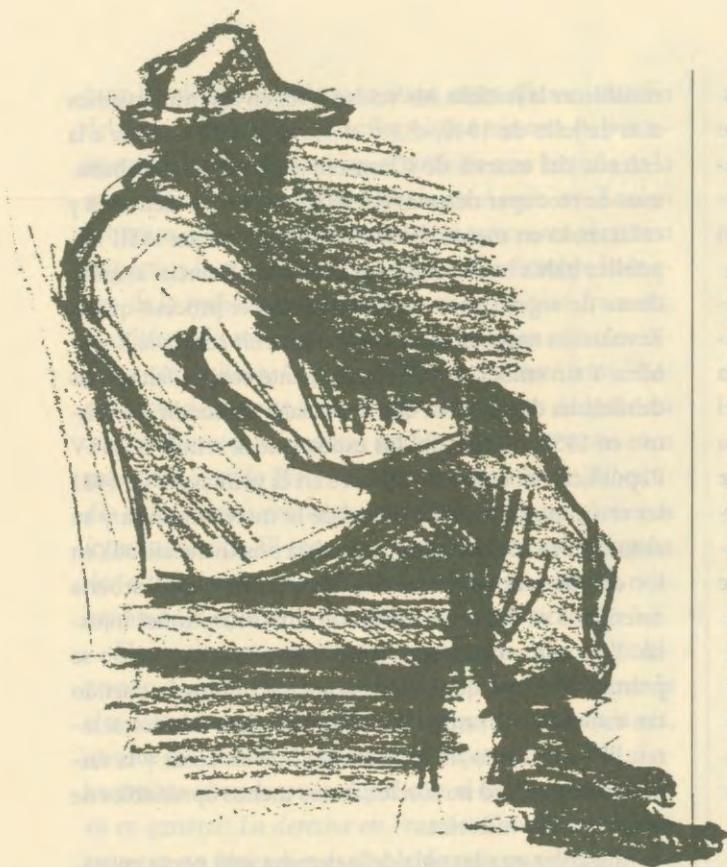
ta nuestros días": detuve mi elección en 1950: eran todavía los inicios de la IV República y para la derecha el fondo del abismo. Los primeros signos precursores de su ascenso aún no se habían dibujado en el firmamento político: nada entonces dejaba prever que, dos años más tarde, un moderado, Antoine Pinay, accedería a la dirección del gobierno, y un año más tarde otro moderado, René Coty, sería llevado a la presidencia de la República. Al decidir escribir la historia de la derecha no estaba cortejando a la facción entrante y podía dar la impresión de redactar el acta de defunción de una familia de pensamiento. No era éste mi sentimiento pues estaba demasiado íntimamente convencido de la perennidad de las ideologías, y no descartaba la esperanza de aportar una contribución a la inteligencia de la vida política contemporánea. ¿Pero quién sabe



si no es precisamente el descrédito en el que había caído entonces la derecha, la decadencia inexorable a la que parecía que estaba destinada lo que me orientó en esta dirección? Siempre he sentido como una propensión a emprender la defensa de los regímenes o de las tendencias que aniquilaba un vuelco de buena suerte contra los vencedores del día. ¿Espíritu de contradicción? Tal vez, pero también exigencia de verdad que impulsa al historiador a

restablecer la justicia. Me vuelvo a ver en los primerísimos días de julio de 1940, el 4 o el 5, montando guardia a la entrada del cuartel de Clermont-Ferrand que acabábamos de recupar después del repliegue de los alemanes y redactando en mente el balance de todo lo que la III República había hecho por la grandeza de Francia, armándome de argumentos objetivos contra el proceso que la Revolución nacional se disponía a instruir contra la República. Y sin embargo no era indulgente con las faltas y las debilidades del régimen que se acababa de hundir. Lo mismo en 1958, no suscribí los excesos de la crítica de la IV República. Así como no saboreé en la primavera de 1981 las arrogantes simplificaciones de la nueva mayoría y su absurdo desconocimiento de la obra positiva realizada en los dos decenios precedentes. Ya presentía que debería defender a su vez a esa mayoría contra acusaciones injustas. Y es que ningún régimen es tan pernicioso como se presta a decirlo el que lo ha suplantado ni ningún partido tan estúpido o criminal como lo describen sus detractores. El sentimiento de la relatividad de las cosas y la exigencia de equidad no son los frutos menos apreciables de la inteligencia histórica.

Al escribir esta historia de la derecha, que ponía en evidencia la pluralidad de las corrientes que federa y se ceñía a subrayar la continuidad de las tradiciones políticas, iniciaba una reflexión que desde entonces no ha tenido tregua sobre el significado de la dicotomía derecha-izquierda. El alcance de las disidencias políticas, el arraigo de las familias de pensamiento. Después la extendí a la mayoría de las demás ideologías a merced de las circunstancias o de las solicitudes o de mí mismo: por turno me he interesado en el socialismo, en el radicalismo, en el gaulismo, he dedicado un libro a la historia del anticlericalismo, he impartido cursos sobre la democracia de inspiración cristiana. Sólo el comunismo ha quedado afuera de mi campo de estudio: no solamente porque es la ideología más ajena a mi sensibilidad, para emplear el delicioso eufemismo mediante el que los comunistas reivindican hoy su identidad, es también porque ha suscitado cantidad de trabajos excelentes frente a los cuales yo haría un pobre papel. También he practicado en mi oficio de historiador un pluralismo que no creo que sea solamente un rasgo de la democracia, sino que tengo por una virtud del historiador. Si la historia es buena para algo, es para desprenderse de sus estrecheces y para entrar en la inteligencia de otras formas de pensamiento que aquella en la que el azar nos ha hecho nacer.



El estudio histórico de una tradición política prolongada hasta nuestros días trazaba un rasgo de unión entre la exploración del pasado y la explicación del presente, entre la historia política y la ciencia política. En 1953, no percibía en ello todavía todas las implicaciones epistemológicas. Diez años más tarde, fue conscientemente como emprendí la unión de una y otra al empezar una historia seguida de la vida política en Francia cuyo propósito era aplicar al estudio del pasado los conceptos y la problemática de la joven ciencia política, aunque iluminando la comprensión del presente mediante el conocimiento de los antecedentes. Algunos historiadores temen que traicione la historia en beneficio de no se sabe cuál disciplina cuya existencia misma les parecía incierta y la calidad científica más dudosa. Ahora bien, sin sucumbir a un imperialismo intelectual en el que sucede que los historiadores caen, mi ambición era, al contrario, restituir a la historia las provincias que había abandonado equivocadamente a otros. Tenía el sentimiento de poner en marcha en el campo de la actividad política del hombre el gran proyecto de una historia total y la certeza de ser fiel a mis orientaciones más antiguas, constitutivas de mi personalidad intelectual, el sentimiento de la duración, la

curiosidad por todo lo que es del ser humano, y una atención preferencial por los hechos de la cultura y por la dimensión política.

Al término de esta inmersión en las profundidades de mi pasado, asciende en mí una acción de gracias dirigida a la disciplina histórica por todo lo que me ha enseñado y me ha aportado sin duda más de lo que sé.

Me ha defendido del espíritu del sistema, preservado del orgullo del espíritu que piensa detentar la explicación suprema de las cosas, vacunado contra el doctrinarismo y el sectarismo ideológico. Me ha inmunizado también contra las utopías de uno y otro lado, de la ilusión de poder reanudar la "cadena de los tiempos" y cerrar los paréntesis, así como de la atracción por la tabla rasa, de la fascinación de un cambio radical de la existencia colectiva. Me ha enseñado, además, la infinita diversidad de las cosas, la complejidad de los seres y de las situaciones, la contingencia de los acontecimientos, la lógica de la historia que no es la de la razón lógica.

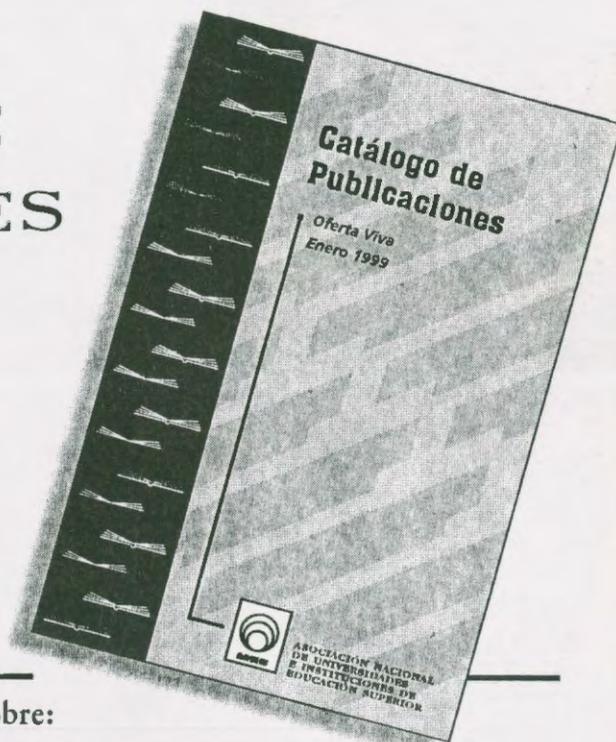
Si un poco de historia puede conducir al escepticismo y engendrar una especie de indiferentismo que tendría por resultado considerar que todas las causas valen y que todas las soluciones equivalen, más historia cura de este relativismo. ¿No es el historiador verdadero aquel cuya apertura de espíritu no ha apagado el fervor, el que sabe aliar lucidez y simpatía, rigor y fervor? En la frecuentación del pasado y la observación del presente, el análisis de las conductas y la reflexión sobre el funcionamiento de las sociedades, he extraído motivos de maravillarme por la aventura humana, la ingeniosidad inventiva de los hombres, su aptitud para triunfar de la resistencia de las cosas, para aprovechar la tierra, para crear riquezas, para edificar instituciones, para construir sociedades. Tengo gran piedad por la suma de sufrimientos soportados por la humanidad, aquellos en los que el hombre no tiene nada que ver, aquellos también de los que es autor. La historia me ha inculcado la admiración por su aguante, la capacidad de resistencia a la opresión, un apego visceral a la libertad, el coraje de testimoniar su fe en los valores trascendentes.

¿Hay en todo el universo del conocimiento una vía que introduzca tanto en la comprensión del ser humano? En verdad es cierto el antiguo adagio que define la historia como institutriz de verdad, dispensadora de sabiduría, maestra de vida. ◀

*Tenemos un mundo
de información a tu alcance*

CATÁLOGO DE PUBLICACIONES 1999

*Más cerca de tí.
¡Consúltalo
en Internet!*



En él encontrarás nuestras ediciones sobre:

- ▶ Obras Monográficas
- ▶ Colecciones:
 - Biblioteca de la Educación Superior
 - Documentos
 - Temas de Hoy en la Educación Superior
- ▶ Anuarios estadísticos de licenciatura y posgrado
- ▶ Revista de la Educación Superior
- ▶ Catálogos de licenciatura y posgrado
- ▶ Directorios de instituciones de educación superior
- ▶ Memorias de encuentros académicos
- ▶ Publicaciones de próxima aparición y más.

Adquirir alguna de nuestras publicaciones, ahora es más fácil y rápido, sólo sigue los pasos siguientes:

1. Conéctate a la página ANUIES: <http://www.anui.es.mx>
2. Selecciona la *opción publicaciones*
3. Elige la publicación de tu interés



El servicio electrónico funciona las 24 horas del día, durante todo el año. El pago lo puedes realizar con cargo a tu tarjeta de crédito o depositarlo en cualquier sucursal del Banco Santander Mexicano. El pedido lo recibirás 4 días hábiles después de que el pago haya sido autorizado. Desde nuestra página Web ya puedes tener enlaces electrónicos con catálogos editoriales de varias instituciones afiliadas a la ANUIES.

ASOCIACIÓN NACIONAL DE UNIVERSIDADES E
INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



EL COLEGIO DE MÉXICO

